

EL PATO SALVAJE

De Henrik Ibsen

Versión de David Amitín y Mauricio Kartun

EL PATO SALVAJE

De Henrik Ibsen

Versión de David Amitín y Mauricio Kartun

El pato salvaje se estrenó, durante la temporada 1997, en la Sala Casacuberta del Teatro San Martín de Buenos Aires, con la dirección de David Amitín

PERSONAJES

El Director Werle
Gregorio Werle, su hijo
Teniente Ekdal
Hjalmar Ekdal, su hijo
Gina Ekdal, mujer de Hjalmar
Eugenia Ekdal, su hija
Sra. Soerby, ama de llaves del Director Werle
Doctor Relling
Pastor Molvik
Contador Graaberg
Asesor Kaspersen
Senador Paulsen
Magistrado Guldstad
Pettersen, criado
Jensen, otro criado
Otros invitados

ACTO PRIMERO

Despacho del señor Werle. Dos criados, Pettersen y Jensen, ordenan el lugar. Rumor de conversaciones, y risas que llegan desde el comedor. Tintinear de un cuchillo contra un vaso.

PETTERSEN: ¿Oíste Jensen? El viejo pide un brindis por la señora Soerby.

JENSEN: ¿Lo de ellos, entonces...?

PETTERSEN: Claro como el agua.

JENSEN: Dicen que en sus tiempos, el director...

PETTERSEN: Mujeriego como el que mas.

JENSEN: No sabia que tuviera un hijo.

PETTERSEN: Es que no ha vuelto ni una sola vez en todos estos anos. Gregorio no se mueve nunca de la fabrica de Hoidal alla en las montanas.

JENSEN: (Por la presencia de Ekdal que gesticula desde la puerta de entrada.) Pettersen... hay un viejo alli que...

PETTERSEN: (Descubriendo a Ekdal.) ¿Pero se puede saber que viene a hacer aqui?

EKDAL: Necesitaria... Necesitaria entrar en la oficina, Pettersen.

PETTERSEN: Hace mas de una hora que ha cerrado.

EKDAL: Sí, sí, es lo que me han dicho en la entrada, pero Graaberg está ahí todavía y necesito... Sea bueno, Pettersen y déjeme pasar por aquí. Ya otras veces...

PETTERSEN: Bueno, pase rapido. Para salir use la puerta de atras. Tenemos invitados.

EKDAL: Claro, claro. Gracias amigo Pettersen. Un millón de gracias... (Aparte.) Imbécil.

JENSEN: ¿Otro empleado de la oficina?

PETTERSEN: No. El viejo Ekdal. Le dan a hacer copias cuando hay mucho trabajo.

JENSEN: Tiene un aire como de...

PETTERSEN: Fue teniente del ejército en su época. Ahora ya lo ve. Era socio del viejo en la fábrica de Hoidal. Dicen que terminó jugándole una mala pasada al señor. Le invito un trago cuando puedo. Cuidado... Ya empiezan a levantarse de la mesa.

Entran los comensales.

SOERBY: Pettersen, sirva el café en el salón.

PETTERSEN: Si señora.

ASESOR: ¿Dios, que comida! Esto se llama trabajar.

SENADOR: Es increíble lo que se puede comer en tres horas con un poco de buena voluntad.

ASESOR: El problema no es la entrada... es la salida mi amigo... La salida.

SENADOR: Ahh... Ahora un buen café y un poco de música.

ASESOR: La señora Soerby tocara algo seguramente.

SENADOR: Con tal de que no nos olvide... Digo, ahora que...

ASESOR: ¿Berta? Berta no abandona a los viejos amigos.

SOERBY: Por aquí, señores. (Salen.)

WERLE: Espero que nadie lo haya notado, Gregorio.

GREGORIO: ¿Qué?

WERLE: Terminamos siendo trece a la mesa.

GREGORIO: ¿Trece?

WERLE: Nada menos. Y en principio íbamos a ser justo doce. (A los comensales.) Por aquí, señores.

Salen todos dejando solos a Gregorio y Hialmar.

HIALMAR: No tendrías que haberme invitado, Gregorio.

GREGORIO: ¡Cómo! ¿Una fiesta en mi honor y no voy a invitar a mi mejor amigo?

HIALMAR: Creo que a tu padre no le ha gustado. Como no frecuento la casa...

GREGORIO: Lo sabía. Pero vamos a ver... ¿Como estás? Hace por lo menos, no se... dieciséis años que no nos vemos. ¡O diecisiete!

HIALMAR: ¿Tanto?

GREGORIO: Y no has perdido el buen aspecto. Algo más... relleno, tal vez.

HIALMAR: Un poco, sí.

GREGORIO: El mismo buen aspecto de siempre.

HIALMAR: Bueno, el cuerpo puede ser. Pero el espíritu sí que no es el mismo. No es necesario que te cuente como se ha hundido todo para nosotros desde entonces.

GREGORIO: ¿Cómo está tu padre?

HIALMAR: Mejor no hablar de ciertas cosas. Vive conmigo el pobre. No tiene a nadie más en el mundo. Pero es tan doloroso para mí tener que hablar de eso que... En fin: ¿Como te ha ido allá en la fábrica?

GREGORIO: En fin... Aislado allí, en las montañas, tanto tiempo... Digamos que fue una buena oportunidad para meditar sobre muchas cosas.

HIALMAR: Gregorio, no se como agradecer-te que me hayas invitado a comer aquí. Eso quiere decir que ya no te queda rencor alguno conmigo.

GREGORIO: ¿Rencor? ¿A quién se le podría ocurrir?

HIALMAR: Bueno, sería natural. Con el... desastre. Faltó muy poco para que tu padre terminara también comprometido en esas historias odiosas. Cuando me dijo cómo te sentías, pensé: bueno, es lógico.

GREGORIO: ¿El te dijo que yo...? ¿Es por eso que no diste señal de vida en estos años? No me has escrito una línea.

HIALMAR: A él no le pareció conveniente.

GREGORIO: ¿Y quién es él para...? ¿Por eso tu silencio?

HIALMAR: ¿Qué podía hacer? Todo se volvió de pronto tan distinto. La desgracia de mi padre, la vergüenza, la cárcel...

GREGORIO: Lo entiendo.

HIALMAR: No podía pensar en seguir con mis estudios; no nos quedaba un centavo; llenos de deudas, la mayoría con él.

GREGORIO: Con mi padre.

HIALMAR: (Asiente.) Pensé que lo mejor era romper con el pasado. El mismo me lo aconsejaba cada vez que... Y como había tenido la bondad de ocuparse de mi.

GREGORIO: ¿El...?

HIALMAR: ¿De dónde iba a sacar yo todo ese dinero para estudiar fotografía, montar mi estudio, y establecerme? Para mí era una fortuna.

GREGORIO: ¿Y él pagó...?

HIALMAR: Hasta el último centavo. Creí entender que te lo había escrito. ¿Cómo es posible que no lo supieras?.

GREGORIO: Lo habra olvidado. Nuestra correspondencia es puramente comercial, y... ¿Así que fue él...?

HIALMAR: Nunca quiso que lo supiese nadie. También gracias a él pude casarme. ¿No lo sabías tampoco?

GREGORIO: Tampoco. Pero, bueno, mi querido Hialmar, Me alegra muchísimo todo esto. Y me remuerde al mismo tiempo. Veo que en algunas cosas he sido injusto con él. Si ha tenido corazón, si ha tenido conciencia para...

HIALMAR: Conciencia.

GREGORIO: O como quieras llamarlo. No encuentro palabras para expresar la alegría que me das contandome eso de mi padre... ¿Pero así que te has casado, Hialmar!.. Yo sí que nunca podré decir lo mismo. ¿Y ella?.

HIALMAR: Ah... Es una mujer tan honrada y trabajadora como podría desearla el

hombre más exigente. Y tiene su educación también, no vayas a creer. Su trato diario conmigo... La vida educa. Aparte de que nos relacionamos con gente de talento. Seguro que si vieras a Gina ahora no la reconocerías.

GREGORIO: (Gregorio lo mira extranado.) Gina...

HIALMAR: ¿No recordabas su nombre?.

GREGORIO: Bueno, no...

HIALMAR: Gina Hansen. Trabajó en esta casa algún tiempo.

GREGORIO: ¿Gina Hansen?.

HIALMAR: Ella.

GREGORIO: ¿La que administró la casa durante los dos últimos años de la enfermedad de mi madre?.

HIALMAR: La misma, claro. Pero Gregorio, estoy seguro de que tu padre te escribió que me había casado.

GREGORIO: Bueno, sí me lo anunció, pero no me dijo que... Algo recuerdo, claro... Mi padre escribe unas cartas tan cortas. Pero bueno, ¿y cómo fue que...? Es curioso. ¿Dónde la conociste?.

HIALMAR: Había tanta complicación aquí cuando la enfermedad de tu madre. Gina no resistió mucho tiempo. Pidió su cuenta y se fue. El año antes de la muerte de tu madre, o el mismo año si mal no recuerdo.

GREGORIO: El mismo año, si. Yo ya estaba allá en la fábrica.

HIALMAR: Bueno, Gina se fue a vivir con su madre, que tenía una especie de fonda y disponía de una habitación para alquilar; una pieza bonita, y bastante cómoda.

GREGORIO: ¿Y allí...?

HIALMAR: Tu padre mismo me sugirió alquilarla. Ahí nos conocimos.

GREGORIO: Y se inició el noviazgo.

HIALMAR: Bueno, un hombre joven, una chica joven...

GREGORIO: ¿Y ahí fue donde mi padre se...

se ocupo de... quiero decir cuando empezaste tus estudios de fotógrafo?

HALMAR: Justamente. Tu padre insistió con que la fotografía era lo más adecuado. Gina opinaba lo mismo; y como ella ya había hecho tiempo atrás algunos estudios de retoque...

GREGORIO: Te vino de perilla.

HALMAR: De perilla. Una casualidad mas que oportuna.

GREGORIO: Diríamos que mi padre terminó siendo algo providencial en tu vida.

HALMAR: Bueno: no abandonó en la adversidad al hijo de un viejo amigo. A eso lo llamo yo un corazón noble.

SOERBY: (Entrando junto al señor Werle.) Ni una palabra mas, querido señor. Usted no se queda allí adentro con tantas luces. No le hace nada bien.

WERLE: (Frotándose los ojos.) Creo que tiene razón.

Entran Pettersen y Jensen con bandejas.

SOERBY: (A los invitados del salón.) Señores... Si gustan una copa... por aquí, por favor.

ASESOR: ¿Pero por amor de Dios! ¿Es verdad que nos ha derogado el sagrado derecho de fumar?

SOERBY: Si señor Asesor. Aquí en los dominios del señor Werle, esta prohibidísimo.

SENADOR: ¿Y cuando se ha decretado ese nuevo artículo en la ley de los puros?

SOERBY: Desde la última comida señor Senador. Ciertas personas se abusaron de tal forma...

SENADOR: ¿Y un poquito de exceso no está permitido señora Berta?

SOERBY: De ninguna manera, señor senador.

Los criados sirven las copas.

WERLE: (A Hialmar quien permanece junto a una mesa.) ¿Qué está mirando, Hialmar?

HALMAR: Hojeaba un album, señor director.

SENADOR: Fotografías... Claro, eso debe interesarle.

ASESOR: ¿No trajo ninguna de las suyas?

HALMAR: No...

ASESOR: Una pena. Con lo bueno que es para la digestión sentarse a mirar fotos.

SENADOR: Y siempre da algún tema de conversación.

SOERBY: Totalmente de acuerdo.

MAGISTRADO: Ya sabe: Si alguna vez vuelve a invitarlo el director Werle, recuerde que lo esperamos con sus fotos. Ese será su pasaporte.

ASESOR: De muchachas bonitas sobre todo... ¿Se animan hasta su estudio las muchachas del vaudeville?

HALMAR: A... Algunas.

Continúa la charla entre risas y bromas.

GREGORIO: (Por lo bajo.) Tendrías que animarte a participar en la charla, Hialmar.

HALMAR: ¿Yo? De qué podría hablar...

GREGORIO: Vamos...

ASESOR: Buena idea la del oporto, señor Werle. Un magnífico digestivo.

WERLE: Y por si no se dio cuenta, el que se acaba de servir es de uno de los mejores años.

ASESOR: Un bouquet francamente delicioso.

HALMAR: (Inseguro.) ¿Existe alguna diferencia en el vino entre un año y otro?

ASESOR: (Ríe.) ¿Cómo...?

WERLE: A usted si que no vale la pena servirle bebidas nobles.

SENADOR: Con los vinos, señor Ekdal, pasa como con la fotografía: dependen mucho de la luz del sol..

HALMAR: Si... Claro...

SOERBY: Algo así como los funcionarios, digamos: que se arriman siempre al sol que más calienta.

SENADOR: (Ríe.) Ese sí que es un chiste viejo.

ASESOR: Y como si fuera poco, a costa nuestra. ¿Señora Berta, señora Berta...!

SOERBY: Lo que sí es cierto es que hay una gran diferencia de un año a otro. A más estacionados, mejor.

MAGISTRADO: ¿A mí me contaría entre los añejos?

SOERBY: ¿Señor magistrado...! De ninguna manera.

ASESOR: ¿Y a nosotros cómo nos clasificaría?

SOERBY: Como vinos dulces, naturalmente, caballeros.

Rien.

WERLE: La señora Soerby siempre tiene una salida. Señores: tomemos una copa. Pettersen, por favor... Gregorio... (Gregorio no se mueve.) Hialmar, ¿Y usted? Acérquese a brindar.

GRAABERG: (Asomándose por la puerta de la oficina.) Perdón señor director... Es que no puedo salir por otro lado.

WERLE: Otra vez se quedó encerrado.

GRAABERG: Sí... Se han llevado las llaves.

WERLE: Pase por aquí.

GRAABERG: Es que... Somos dos.

WERLE: Esta bien. Pasen de una vez.

Graaberg y el viejo Ekdal salen de las oficinas. Werle no reprime un gesto de fastidio. Cesan las conversaciones y las risas. Hialmar se estremece al ver a su padre, y se vuelve dándole la espalda.

EKDAL: (Sin levantar la vista sale balbuceando.) Estaba cerrada... La puerta... Disculpen... (Salen con Graaberg.)

WERLE: Este idiota de Graaberg.

GREGORIO: (A Hialmar.) Pero... ¿No era

tu...?

ASESOR: ¿Qué pasa...? ¿Quién era?

GREGORIO: Nada. El contador.

MAGISTRADO: (A Hialmar.) ¿Lo conocía?

HIALMAR: No sé. No me fijé.

ASESOR: ¿Pero qué es lo que...

Cuchicheos.

SOERBY: (Al criado.) Fíjese que le den algo para llevarse.

PETTERSEN: Sí señora.

GREGORIO: ¿Era él, no es cierto?

HIALMAR: Sí.

GREGORIO: Pero dijiste que no lo conocías.

HIALMAR: En una circunstancia así... Cómo podía yo...

GREGORIO: ¿Negaste a tu padre!

HIALMAR: Gregorio, tendrías que estar en mi lugar.

ASESOR: ¿No recuerda alguna poesía bonita que pueda recitar, señor Ekdal? Dícen por aquí que antes lo hacía muy bien.

HIALMAR: No... No recuerdo ninguna.

ASESOR: Una lástima. ¿Qué podríamos hacer Senador? (Salen ambos hacia la otra habitación.)

HIALMAR: Gregorio... Me voy. Cuando un hombre se siente así, golpeado por el destino... Quisiera que me despidas de tu padre.

SOERBY: ¿Ya se va, Hialmar?

HIALMAR: Sí.

SOERBY: Mis saludos a Gina.

HIALMAR: Gracias.

SOERBY: Y dígame que iré a verla un día de estos.

HIALMAR: Como no. (A Gregorio.) No hace

falta que me acompañes. Prefiero salir sin llamar la atención.

Jensen le entrega a Hialmar su sombrero y abrigo. Sale.

SOERBY: (A Pettersen que regresa.) ¿Le dio algo al viejo Ekdal?

PETTERSEN: (Asiente.) Una botella de aguardiente.

SOERBY: ¿Aguardiente, por Dios! ¿No había nada mejor?

PETTERSEN: Nada le gusta mas al señor Ekdal que su botella de aguardiente, señora.

ASESOR: (Asomandose con unas partituras.) ¿Qué le parece señora Soerby si tocamos algo a cuatro manos?

SOERBY: Con mucho gusto.

LOS INVITADOS: ¿Bravo!

Salen todos hacia el salón.

GREGORIO: (Detiene a su padre que salía también.) Papá.

WERLE: Si...

GREGORIO: Tenemos que hablar.

WERLE: ¿No podrias esperar hasta que estemos solos?

GREGORIO: No. (Pausa.) No, porque no creo que volvamos a encontrarnos solos.

WERLE: ¿Qué significa eso?

Desde el salón llega la música del piano.

GREGORIO: ¿Cómo dejaste que esa familia se hundiera de esa manera?.

WERLE: Estas hablando de los Ekdal por lo visto.

GREGORIO: Si. Hablo de ellos. Hubo un tiempo en que el teniente Ekdal era tu íntimo amigo.

WERLE: Sí. Tan íntimo que sus delitos terminaron enturbiando mi reputación.

GREGORIO: ¿Y estás seguro que fue el único culpable?

WERLE: ¿Quién otro...?

GREGORIO: La compra de los bosques la hicieron ustedes juntos.

WERLE: Fue Ekdal el que trazó el plano y falseó los límites. Y el que dirigió la tala ilegal en los terrenos del estado. Toda la administración del negocio estaba en sus manos. Yo ignoraba absolutamente todo lo que se hizo allí hasta que estalló el escándalo.

GREGORIO: Es probable que ni él mismo supiese lo que estaba haciendo.

WERLE: Quizá. Pero lo cierto es que a él lo condenaron y a mi me absolvieron. No encontraron una sola prueba en contra mio.

GREGORIO: Lo sé.

WERLE: Y una absolución es una absolución. ¿Se puede saber a qué viene esto de remover toda esa historia? ¿Esto es lo que estuviste rumiando todos estos años allá? En lo que a mi respecta todo eso se ha olvidado aqui hace tiempo.

GREGORIO: Si. ¿Y los Ekdal?

WERLE: ¿Y qué querías que hiciese por ellos? Cuando el Teniente salió de la cárcel era un hombre quebrado. Absolutamente. Sin remedio. Hay personas que apenas reciben la perdigonada se hunden hasta el fondo y no vuelven a salir a la superficie. Te aseguro, Gregorio: hice lo humanamente posible. Fui hasta donde pude. De hacer mas hubiera terminado comprometido en sospechas, en habladurias...

GREGORIO: Sospechas. Si, claro.

WERLE: Le doy trabajo de copista a Ekdal en la oficina, y por cierto lo pago bastante mas de lo que vale.

GREGORIO: Me lo imagino, si.

WERLE: Te hace reir, por lo visto. ¿Te parece que no es verdad? Bueno no podría mostrarte los libros de contabilidad porque naturalmente no se asientan ciertos gastos, pero...

GREGORIO: No, claro. Mas vale que no se asienten ciertos gastos.

WERLE: ¿Que estas queriendo decir?

GREGORIO: ¿El aprendizaje de fotógrafo de Hialmar no figurará, seguramente?.

WERLE: ¿A qué viene...?

GREGORIO: Sé que se lo pagaste, y que terminaste ayudándolo también a establecerse.

WERLE: Y a pesar de eso debo escuchar cómo se me echa en cara el no haber hecho nada por ellos. Te aseguro que esa gente me ha costado realmente caro, Gregorio.

GREGORIO: Insisto: ¿están anotados esos gastos?

WERLE: Sigo sin entender a qué viene eso.

GREGORIO: Yo sí. ¿Este desprendimiento tan generoso tuyo, no coincidió justamente con su casamiento?

WERLE: ¡¿Como voy a acordarme después de tantos años?!.

GREGORIO: Me escribiste una carta entonces -comercial, naturalmente- y en la postdata me anunciabas el matrimonio de Hialmar con una tal señorita Hansen.

WERLE: Así se llamaba. Exactamente.

GREGORIO: Pero no parecías recordar que esa señorita Hansen era Gina, nuestra antigua sirvienta.

WERLE: No sabía que te interesaran tanto las criadas.

GREGORIO: Ningún interés particular. (Bajando la voz) Pero aquí en la casa había alguien que sí lo tenía.

WERLE: ¿De qué estás hablando? ¿Supongo que no te referirás a mí?

GREGORIO: Precisamente.

WERLE: ¿Pero cómo te...? ¿Cómo se permite ese desagradecido... ese fotógrafo de... de... insinuar que yo...

GREGORIO: Hialmar no me ha dicho una sola palabra. Ni creo que tenga la menor idea de nada.

WERLE: ¿Entonces de donde sacaste eso? ¿Quién te ha metido semejante idea en la cabeza?.

GREGORIO: Mi madre misma me lo dijo la última vez que la vi.

WERLE: ¡Ella!. Debí habérmelo imaginado. Carne y uña. Fue ella la que te alejó de mí.

GREGORIO: No fue ella. Fue todo lo que sufrió. Lo que tuvo que soportar hasta que murió.

WERLE: No sufrió más que otras mujeres. (Pausa. Evasivo.) Gregorio: creo que ya estás en edad de dedicarte a algo más útil.

GREGORIO: Si. Creo que ya es hora.

WERLE: Pensaba, justamente... ¿De qué sirve que estés allá encerrado, en la fábrica, como un vulgar dependiente, sin cobrar un centavo más que tu sueldo?. Es una verdadera locura. (A un gesto de Gregorio.) No, no, lo entiendo. Ser libre... No deberme nada... Lo entiendo. Pero precisamente ahora se presenta la oportunidad de independizarte de una vez por todas, Gregorio. De ser dueño de tu propio destino.

GREGORIO: ¿Ah sí? ¿Y cómo?

WERLE: Cuando te escribí pidiéndote que volvieres enseguida a la ciudad, pensaba...

GREGORIO: Qué. Estuve esperando todo el día a que me lo dijeras de una vez.

WERLE: Quiero proponerte que entres como socio en el negocio.

GREGORIO: ¿En tu negocio? ¿Yo, socio tuyo?.

WERLE: Si. No tendríamos necesidad de estar siempre juntos. Dirigirías la casa central aquí en la ciudad, y yo me trasladaría a la fábrica.

GREGORIO: ¿A la montaña?

WERLE: Tengo que cuidar mis ojos, Gregorio. Mi vista se ha debilitado bastante.

GREGORIO: Siempre fue delicada.

WERLE: Nunca como ahora. Además, por ciertas circunstancias creo que me conviene vivir allí, al menos por un tiempo.

GREGORIO: No entiendo.

WERLE: Gregorio: hay muchas cosas que nos separan, pero no por eso dejamos de ser padre e hijo. Me parece que podríamos llegar a un acuerdo.

GREGORIO: Un acuerdo aparente, querrás decir.

WERLE: Bueno. Algo es algo. ¿Qué te parece?

GREGORIO: Hay algo detrás de esto.

WERLE: Nada.

GREGORIO: Algo útil para tus planes seguramente.

WERLE: Entre un padre y un hijo siempre es probable que uno necesite al otro.

GREGORIO: Así dicen.

WERLE: Me gustaría que te quedases algún tiempo en casa. Toda la vida me he sentido muy sólo, pero ahora que me estoy poniendo viejo... Necesito alguien a mi lado.

GREGORIO: Esta la señora Soerby.

WERLE: Sí. Esta la señora Soerby. Y ha llegado a hacerse indispensable para mí.

GREGORIO: Bien. ¿Para qué más?

WERLE: Bueno... Me temo que las cosas no puedan seguir así. Una mujer en su situación crea una imagen equívoca en los demás. No le conviene a un hombre como yo.

GREGORIO: Un hombre que da banquetes como el de hoy, a gente como la que está allí, puede permitirse cosas peores.

WERLE: Yo sí. Pero esta ella. Aun suponiendo que por afecto hacia mí estuviese dispuesta a desafiar el escándalo, ¿te parece admisible, Gregorio, con tu sentido tan estricto de la rectitud, que...?

GREGORIO: (Interrumpe.) Digamos, en resumen, que has decidido casarte.

WERLE: ¿Y si así fuese, qué?

GREGORIO: Eso digo yo: qué.

WERLE: ¿Te sería muy... desagradable?

GREGORIO: ¿A mí? De ninguna manera.

WERLE: Temía que por respeto a la memoria de tu madre...

GREGORIO: No soy un fanático.

WERLE: Bueno, seas lo que seas me has quitado un peso de encima. Me alegra mucho contar con tu aprobación.

GREGORIO: Ahora terminé de entender para que me necesitabas. El cuadro vivo de amor familiar. La escenita hogareña de reconciliación entre padre e hijo para satisfacción de la señora Soerby.

WERLE: ¿No te permito!.

GREGORIO: ¿Cuando hubo vida de familia en esta casa?. Nunca, que yo recuerde. Pero hoy, claro, sería de un efecto extraordinario tener algo que se le pareciera. Poder decir que el hijo, en un arranque de amor filial ha vuelto volando al hogar paterno para asistir al casamiento del padre anciano. ¿Qué quedaría así de los rumores sobre lo que tuvo que sufrir la pobre difunta? Ni el eco. Su propio hijo los habría desmentido ¿no es así?

WERLE: Gregorio, creo que no hay persona en el mundo a la que desprecies más que a mí.

GREGORIO: Te he visto demasiado de cerca.

WERLE: Sí. Pero con los ojos de tu madre. Y esos ojos vieron turbio muchas veces.

GREGORIO: Es posible. ¿Pero quién tuvo la culpa en todo caso? ¡El Director Werle, y cada una de sus amantes! La última de las cuales fue esa mujer que encajaste a Hjalmar Ekdal cuando te cansaste de ella.

WERLE: Palabra por palabra: Como si estuviera escuchando a tu madre.

GREGORIO: Y ahí queda ese infeliz, ese pobre ingenuo rodeado de engaños. Viviendo bajo el mismo techo con una mujer de esa clase y sin sospechar siquiera que eso que llama inocentemente «su hogar» está edificado sobre una reverenda mentira. Cuando miro tu vida, tu pasado, me parece ver algo así como un inmenso campo de batalla sembrado de cadáveres hasta el horizonte.

WERLE: Creo, Gregorio, que el abismo que nos separa es infranqueable.

GREGORIO: Cada vez lo veo mas claro. Por eso tomo mi sombrero y me voy.

WERLE: ¿Vas a abandonar la casa?

GREGORIO: Si. Creo que al fin le encuentro un sentido a mi vida.

WERLE: ¿Y cual es?, si se puede saber.

GREGORIO: Te reirias si lo dijera.

WERLE: Un solitario como yo no se rie tan facilmente, Gregorio.

GREGORIO: (Senalando a la sala.) Los invitados estan jugando a la gallina ciega con la senora Soerby, senor Werle. Buenas noches, y buena suerte. (Sale.)

WERLE: ¿Infeliz...! ¿Y dice que no es un fanatico!.

ACTO II

Estudio de Hialmar Ekdal. Enorme techo vidriado semicubierto con cortinados. Un sofa y una estufa de hierro. Aparatos e instrumentos fotograficos de toda clase. Frascos y enseres. Sobre la mesa fotografias, pinceles, lapices, etc. A foro una ancha puerta corrediza.

Gina Ekdal Cose. Eugenia, su hija, lee un libro.

GINA: Eugenia... (Eugenia absorta no la escucha.) Eugenia.

EUGENIA: Si mama.

GINA: Ya no es hora para leer.

EUGENIA: Un minuto... un minutito mas.

GINA: A guardar el libro. Vamos... A tu padre tampoco le gusta. Jamas lee de noche, tu padre.

EUGENIA: Es que a papa no le entusiasma mucho leer.

GINA: Vamos... (Eugenia obedece. Tiempo.)

EUGENIA: ¿No estas orgullosa, mama, que el director Werle lo haya invitado a papa a su banquete?.

GINA: Bueno... en realidad no podríamos decir que lo haya invitado el señor Werle propiamente. Fue su hijo Gregorio que

le envió la invitación. (Pausa.) Nosotros no tenemos nada que ver con el director, Eugenia.

EUGENIA: Estoy deseando que vuelva de una vez. Me prometió pedirle algo rico para mi a la senora Soerby.

Por la puerta de calle aparece el viejo Ekdal con un rollo de papeles bajo el brazo y un paquete en el bolsillo del abrigo.

GINA: Vuelve tarde esta noche, abuelo.

EKDAL: Habian cerrado la oficina. Tuve que esperar a Graaberg y pasar por... (Calla)

EUGENIA: ¿Te dieron algo mas para copiar, abuelo?

EKDAL: Todo esto.

GINA: Qué suerte.

EUGENIA: ¿Y ese paquete del bolsillo?

EKDAL: ¿Qué...? Nada, nada... Una... Nada. (Transición.) Con esto tengo trabajo para rato, Gina. (Entreabre la puerta de foro.) Chist... (Cierra con precaución.) Ya se durmieron todos. El se acostó en el cesto. (Ríe satisfecho)

EUGENIA: ¿No pasara frio en el cesto, abuelo?

EKDAL: ¿Con tanta paja...? Qué ocurrencia. (A Gina) Tengo mucho que copiar, Gina... Que nadie me moleste en mi cuarto, ¿eh?. Nadie. (Sale.)

EUGENIA: ¿Estaran en la mesa todavia, mama?

GINA: Quién sabe... Puede ser.

EUGENIA: Lastima que no se haya alquilado el cuarto hoy. Seria lindo recibirlo con buenas noticias, ¿no?.

GINA: Te gusta darle buenas noticias a papa.

EUGENIA: Si. Se pone mas alegre la casa, ¿no?.

Hialmar Ekdal entra desde la calle. Lleva abrigo y sombrero.

GINA: ¿Hialmar...! ¿Ya de vuelta?.

EUGENIA: ¿Cómo...? ¿Tan temprano?.

HIALMAR: Si. Casi todos se retiraban, y...
 EUGENIA: ¿Tan pronto?.
 HIALMAR: Bueno... No era mas que una comida.
 GINA: (Lo ayuda con el abrigo.) Dame.
 EUGENIA: (Hace lo propio.) Yo también... (Gina cuelga el abrigo.) ¿Había mucha gente, papá?
 HIALMAR: No, no mucha. Unas doce... o catorce personas.
 GINA: ¿Y estuviste charlando con todo el mundo?
 HIALMAR: Bueno... Un poco. Un poco con cada uno. Gregorio me acaparó por completo. ¿Volvió papá?
 EUGENIA: Esta allí en su cuarto, escribiendo.
 HIALMAR: ¿Dijo algo...?
 GINA: No. ¿Qué iba a decir?
 HIALMAR: ¿No comentó de...? Voy a entrar a verlo.
 GINA: Creo que seria mejor no...
 HIALMAR: (Desalentado) ¿Dijo que no queria verme?.
 GINA: No quiere ver a nadie. (Un gesto.) Entró con su... paquete.
 HIALMAR: ¿Esta...?
 GINA: Parece.
 HIALMAR: Mi pobre viejo. Con sus canas y sus... Dejémoslo al menos que disfrute un poco.
 Entra el viejo Ekdal vestido de entrecasa y fumando en pipa.
 EKDAL: ¿Volviste? Me habia parecido reconocer tu voz.
 HIALMAR: Acabo de entrar.
 EKDAL: ¿No me viste...? Allí cuando pasaba, digo...
 HIALMAR: No, no... Pero me dijeron que acababas de cruzar, y me apuré a ver si te alcanzaba, pero...
 EKDAL: Claro, claro. Gracias, Hialmar. ¿Quién era toda esa gente?
 HIALMAR: Bueno, habia de todo. El magistrado Gulstad, el senador Paulsen, el asesor Kaspersen... el no se que, no se cuanto...
 EKDAL: ¿Gina! ¿Todos funcionarios!
 EUGENIA: ¿Y de qué hablaban, papá?.
 HIALMAR: ¿Bah!. No hicieron mas que decir tonterias. Me pidieron a mi que recitara, pero de ninguna manera.
 EKDAL: ¿Les dijiste que no?
 GINA: ¿Hialmar, podrias haber...!
 HIALMAR: No, no. No va a andar uno haciéndole los gustos a todo el mundo.
 EKDAL: Bien, bien...
 HIALMAR: Charlamos, tomamos una copa... Después tuvimos una pequeña discusión sobre el oporto...
 EKDAL: ¿Tomaron oporto? ¿Un buen vino!.
 HIALMAR: Puede ser. Depende, naturalmente. No todas las cosechas son de calidad pareja. Influye mucho el sol que haya tenido en el ano.
 GINA: Cuantas cosas sabe tu padre, Eugenia.
 EKDAL: ¿Y te lo discutian?
 HIALMAR: Lo intentaron, digamos. Pero se callaron enseguida cuando se les replicó que pasaba lo mismo con el oporto que con los funcionarios, que también dependen del sol que más calienta.
 EKDAL: ¿Y tuvieron que tragarse eso?
 HIALMAR: No volvieron a abrir la boca.
 GINA: ¿Hialmar, Dios mio! Las cosas que se te ocurren.
 HIALMAR: Al final todo terminó amistosamente, como es natural. Al fin y al cabo eran buena gente, no había razón para herirlos.

EKDAL: ¿Pero no te lo callaste!

EUGENIA: ¡Qué elegante estás con ese smoking, papa. Y lo bien que te queda!

HIALMAR: ¿Verdad, no? Como a medida. Un poco ajustado acá en los hombros. A ver Eugenia... (Eugenia lo ayuda.) ¿Dónde está mi saco, Gina?.

GINA: Aquí. (Lo ayuda a ponérselo. Eugenia colabora amorosamente.)

HIALMAR: No te olvides de devolver el smoking a Molvic mañana a la mañana.

GINA: A primera hora.

HIALMAR: ¡Ah, qué bien se está en casa! La verdad... Nada más cómodo que la ropa de todos los días. ¿No, Eugenia?

EUGENIA: Claro que si, papa.

HIALMAR: La corbata abierta, así... ¿Qué tal?

EUGENIA: Te combina con la barbita. Y con los rulos.

HIALMAR: Bueno, rulos... Algunas ondas, Eugenia.

EUGENIA: Los rulos mas bonitos del mundo.

HIALMAR: Esta chica...

Tiempo.

EUGENIA: Papa...

HIALMAR: Si mi amor.

EUGENIA: Vamos...

HIALMAR: ¿Qué hay?.

EUGENIA: ¿No me hagas sufrir mas!

HIALMAR: (...)

EUGENIA: Lo estás haciendo a propósito para hacerme rabiar. Las cosas ricas que me prometiste...

HIALMAR: ¿Las...? Pero claro, las... Bueno, la verdad es que se me olvidó por completo.

EUGENIA: No es cierto. Están escondidas.

(Lo registra) Debería darte vergüenza.

HIALMAR: No, no... Se me pasó, y... ¡Pero tengo otra cosa que te va a gustar!. (Busca en los bolsillos del smoking.)

EUGENIA: ¿Mama... Mama...!

GINA: ¿Ves? Hay que saber esperar.

HIALMAR: (Sacando una cartulina.) Aquí esta.

EUGENIA: ¿Una hoja de papel!.

HIALMAR: La lista del banquete. El menú. ¿Ves? Acá arriba: menú. En francés viene a ser lista de comidas de un...

EUGENIA: (Interrumpe.) ¿Nada mas que eso?

HIALMAR: Bueno... Es que no valian gran cosa todas esas golosinas. En cambio el menu... Vamos: no sentamos a la mesa y yo te voy diciendo el gusto que tenia cada plato. A ver, Eugenia...

EUGENIA: (Tragandose las lagrimas.) Gracias. (Se sienta pero no lee. Gina le hace senas que advierte Hialmar.)

HIALMAR: Pero... Es... ¿Es increible la cantidad absurda de cosas que se pretende que un padre de familia tenga presente en la cabeza! ¿Increible...! ¿Y si se olvida de... del mas minimo detalle enseguida le ponen mala cara!. En fin: a todo hay que acostumbrarse. (A su padre.) ¿Echaste un vistazo ya?

EKDAL: Se metió en el cesto.

HIALMAR: ¿En el cesto! ¿Ya empieza a familiarizarse!.

EKDAL: Si señor, si señor. Hialmar... Creo que es hora de hacer esas... refacciones

HIALMAR: Si, claro... ¿A ver, vamos al sofa! Hay que charlar bastante todas esas mejoras.

EKDAL: Bueno... Voy primero a cargar la pipa y a limpiarla un poco. (Entra a su cuarto.)

GINA: ¿A limpiar la pipa...!

HIALMAR: ¿Pobre viejo! (Transición.) Sí, esas refacciones... será mejor terminar-

las de una buena vez mañana.

GINA: Manana no creo que quede tiempo.

EUGENIA: ¿Si que habra tiempo, mama!

GINA: Con todas esas placas que hay que retocar. Ya las han venido a buscar varias veces.

HIALMAR: ¿Otra vez las benditas fotografias! Ya se haran. ¿Hubo algun pedido nuevo?

GINA: No. Para manana estan solo esos dos retratos que ya sabias.

HIALMAR: ¿Nada mas?. Bueno, era previsible. Cuando uno no se ocupa...

GINA: ¿Qué más puedo hacer? Puse todos los avisos que he podido.

HIALMAR: ¡Bah, los diarios! Para lo que sirven. ¿Por la habitación ha venido alguien?

GINA: Hasta ahora...

HIALMAR: Es asi. Si no lo hago yo... ¿Hay que moverse un poco, Gina!

EUGENIA: (Toma del mueble la armónica de Hialmar.) ¿La armónica, papá?

HIALMAR: No, no. Nada de armónicas. Está visto que esto de disfrutar no está hecho para Hialmar Ekdal. Muy bien... Entonces, desde mañana trabajaré hasta que no pueda más. Hasta deslomarme, sí señor.

GINA: Hialmar, querido... No era eso lo que yo queria...

EUGENIA: ¿Te traigo cerveza...?

HIALMAR: No. No necesito absolutamente nada. ¿Nada! (Pausa) Cerveza... ¿Hay cerveza?

EUGENIA: Si. Fresquita.

HIALMAR: Bueno... Con tanta insistencia... ¿Una sola, eh!

GINA: ¿Eso! Pasemos un buen rato juntos.

HIALMAR: (Detiene a Eugenia que sale hacia la cocina. La abraza.) Eugenia... Eugenia.

EUGENIA: Papito querido...

HIALMAR: No, no. No me llames asi. No me lo... Me he sentado a la mesa del hombre rico, repleta de platos succulentos, regodeandome... ¿Y no fui capaz de...!

GINA: ¡Pero, qué tonterías, Hialmar...!

HIALMAR: Ninguna tonteria. Pero no me lo reprochen, ustedes saben que a pesar de eso yo las quiero.

EUGENIA: Y nosotras te adoramos, papa.

HIALMAR: Y si... si... si a veces me ven así, un poco lunático, tengan en cuenta que soy un hombre que ha tenido que pasar muchas tormentas. (Pausa) No voy a tomar cerveza. La armónica, Eugenia.

Hialmar sentado en el sofa. A su lado Gina y Eugenia abrazandolo con gesto amoroso. Hialmar toma la armónica y comienza una melodía lenta y sentimental.

HIALMAR: No importa que bajo este pobre techo vivamos humildemente, ¿eh Gina?. No deja de ser nuestro hogar.

Vuelve a su armónica.

Unos golpes a la puerta rompen el clima.

GINA: Hialmar... Alguien llama.

HIALMAR: ¿A esta hora!

Gina abre la puerta.

GREGORIO: (Desde el umbral.) Disculpe...

Gina retrocede un paso.

GREGORIO: ¿Vive aquí el fotógrafo Ekdal?

GINA: Si.

HIALMAR: ¡Gregorio! ¿Dejaste la reunión...?

GREGORIO: Sí. La reunión y la casa. Buenas noches señora Ekdal. No sé si me reconocerá.

GINA: No hay manera de confundirlo. El vivo retrato de su padre.

GREGORIO: En realidad me parezco mucho mas a mi madre. Usted seguramente se acordara de ella.

HIALMAR: ¿Cómo es eso que dejaste la casa?

GREGORIO: Acabo de dejar mis cosas en un hotel.

HIALMAR: ¿Pero cómo...? Bueno, ya que estás aquí dame el abrigo. Sentémonos un poco.

GREGORIO: Gracias.

HIALMAR: En el sofa. Con confianza...

Gregorio se sienta en el sofa algo desconcertado.

GREGORIO: Bueno... Así que ésta es tu casa...

HIALMAR: Bueno, como ves, éste es el estudio.

GINA: Acostumbramos a estar aquí. Como es la pieza mas grande...

HIALMAR: Antes teníamos una casa mejor, pero esta tiene un desvan enorme. Es una gran ventaja.

GINA: Y nos sobra una pieza ademas, que la podemos alquilar si queremos.

GREGORIO: Ah... ¿Tienen inquilinos?

HIALMAR: Bueno, todavia no. No es tan facil. Hay que ocuparse mucho, y... A ver Eugenia, esa cerveza...

Eugenia sale hacia la cocina.

GREGORIO: ¿Tu hija? (Hialmar asiente orgulloso.) ¿Y es hija unica?

HIALMAR: Sí. Es nuestra mayor alegría en este mundo. Y también nuestra mayor pena, Gregorio.

GREGORIO: ¿Porqué?

HIALMAR: Sus ojos. Esta en peligro de perder la vista.

GREGORIO: ¿Ciega?

HIALMAR: Por ahora tiene solo los primeros síntomas, pero según el médico es irreversible.

GREGORIO: ¿Es posible? ¿Y a qué se debe?

GINA: La madre de Hialmar sufría de los ojos también.

HIALMAR: Eso dice mi padre, pero yo no me acuerdo.

GREGORIO: ¿Y ella?

HIALMAR: No sospecha nada. No nos hemos atrevido a decírselo. Gorjeando como un pajarito inconsciente, vuela hacia la noche eterna. Es una verdadera tortura para mi, Gregorio.

Entra Eugenia con cerveza y vasos.

HIALMAR: (Acariciandola.) Gracias, mi amor. (Eugenia le murmura algo al oído.) No, no... Sandwiches ahora no. Salvo que Gregorio...

GREGORIO: No, no, gracias.

HIALMAR: Bueno, en todo caso... Solo un par, con bastante manteca si hay.

Eugenia vuelve a salir.

GREGORIO: Se la ve muy sana, sin embargo. (Pausa.) ¿Y qué edad tiene?

HIALMAR: Catorce. Los cumple pasado mañana.

GREGORIO: Es alta para su edad.

GINA: Pegó el estirón el año pasado.

GREGORIO: Viendo crecer a los niños uno se da cuenta de lo viejo que es. Realmente grande y hermosa. (Pausa) ¿Cuanto hace ya que se casaron?

GINA: Pronto van a ser quince años.

GREGORIO: ¿Tanto?

HIALMAR: Quince menos unos meses. Imagino que estos años te habrán resultado largos allá arriba en la fabrica, Gregorio.

GREGORIO: Al principio. Pero ya no. Casi no sé en que se me ha ido el tiempo.

El viejo Ekdal sale de su cuarto con una gorra de uniforme. Da unos pasos, vacilante.

EKDAL: Bueno Hialmar ya podemos hablar de... de... ¿De qué era...?

HIALMAR: Papá, tenemos visita. Gregorio Werle, no sé si recordarás.

EKDAL: (Mirando a Gregorio que se ha puesto de pie) ¿Werle...? ¿El hijo, no? ¿Y qué quiere de mí?

HIALMAR: Nada, papa. Ha venido a verme.

EKDAL: ¿Entonces... nada en particular?

HIALMAR: Nada. En absoluto. (Llenando los vasos.) Cerveza, papa. (Le sirve a Gregorio.) Gregorio...

GREGORIO: Le traigo saludos de sus antiguos montes de cacería, teniente Ekdal.

EKDAL: ¿Los montes de caza?

GREGORIO: ¿Se acuerda cuando Hialmar y yo lo íbamos a visitar allá arriba, en las vacaciones?

EKDAL: ¿Usted y...? Bueno, mucho no recuerdo. Pero si es por la caza, me permito decirle que si ha habido allá en Hoidal un cazador, ese cazador fue el Teniente Ekdal, si señor. ¿Osos! He matado osos señor Werle! ¿Nueve! Y de buen tamaño.

GREGORIO: ¿Y ahora? ¿Ya no se dedica a la caza?

EKDAL: Bueno tanto como no dedicarme... Todavía de cuando en cuando... Claro, ya no como antes, pero... ¿Y cómo están esos bosques allá arriba?

GREGORIO: No tan frondosos como en su tiempo. Se ha talado mucho ultimamente.

EKDAL: ¿Talaron...? Eso es peligroso. El bosque se venga.

HIALMAR: (Le llena el vaso.) Vamos papa, un poco más.

GREGORIO: ¿Y cómo es eso de que un hombre amante de la naturaleza como usted pueda vivir entre cuatro paredes?

EKDAL: (Ríe.) Bueno... No se está tan mal aquí, en realidad. No se está tan mal...

GREGORIO: ¿Y no extraña aquello...? ¿Los bosques, la vida libre, la montaña...?

EKDAL: (Cómplice.) Hialmar... ¿Se lo enseñamos?

HIALMAR: (Turbado.) Bueno no creo que esta noche sea...

GREGORIO: ¿Qué cosa?

HIALMAR: Nada... Un... Un... Otro día. Está oscuro ya.

EKDAL: Tonterías. Hay luna llena. ¿Lo tiene que ver, si señor!.

EUGENIA: ¿Sí, papa...!

HIALMAR: En fin...

EKDAL: Una mano aquí, Hialmar, para ayudarme a abrir.

GREGORIO: ¿De qué se trata?

GINA: Bueno, no vaya a pensar que es nada extraordinario, tampoco.

Hialmar y su padre van hasta la pared del fondo y empujan las hojas de la puerta corrediza. A través de la puerta se vislumbra una buhardilla amplia y profunda, de dimensiones irregulares. Rincónes, vigas, y canos de chimenea que la atraviesan de arriba a abajo. Por las claraboyas, una luz lunar ilumina algunos rincones y deja otros entre sombras.

EKDAL: Venga, venga... Acérquese.

GREGORIO: ¿Pero qué es...?

EKDAL: Véalo usted mismo.

HIALMAR: (Algo avergonzado.) Bueno, son... cosas de papa.

GREGORIO: ¿Teniente Ekdal! ¿Cria gallinas? ¿En medio de la casa?

EKDAL: ¡Y qué gallinas, señor Werle! Ahora están echadas naturalmente, pero de día... Hay que verlas, de día.

EUGENIA: Y además hay un...

EKDAL: Chst... Chst... Todavía no.

GREGORIO: ¿Palomas? ¿Tiene palomas también?

EKDAL: Bajo el alero. Arriba. Les gusta anidar en altura.

HIALMAR: Pero no palomas vulgares...

EKDAL: ¿Mensajeras! Pero venga... venga más cerca. Vea el nicho en el muro. ¿Son conejos, amigo!

GREGORIO: ¿Conejos?

EKDAL: ¿Oíste Hialmar?: Que si tenemos conejos. ¿Qué tal? Pero ahora viene lo principal. Aquí está. Cuidado, Eugenia. Póngase aquí. Desde aquí. Allí abajo. ¿Ve el cesto con paja?

GREGORIO: Si. Hay una gallina anidando en...

EKDAL: ¡Cómo una gallina!

GREGORIO: ¿Un pato...?

EKDAL: Pero claro que es un pato, señor mio.

HALMAR: Pero no un pato cualquiera.

GREGORIO: Me temo que yo, de patos...

EKDAL: Señor Werle: es un pato salvaje.

GREGORIO: ¿Un pato salvaje?

EKDAL: Es nuestro pato, amigo.

EUGENIA: Mi pato, porque es mio.

GREGORIO: ¿Y puede vivir aquí en el desván?

EKDAL: Bueno, por supuesto le hemos puesto una tina con agua limpia, para que chapotee.

HALMAR: Se la cambiamos día por medio.

GINA: Hialmar, querido, esta haciendo frío aquí.

EKDAL: Bueno... habra que ir cerrando por hoy. Mas vale no interrumpirles el descanso. La puerta, Eugenia.

Cierran.

EKDAL: Ya lo verá mejor alguna otra vez. (Se sienta en el sillón junto a la estufa.) Son muy extraños los patos salvajes, ¿sabe?.

GREGORIO: ¿Y cómo se las arregló para cazarlo vivo?

EKDAL: ¿Yo...? En todo caso habria que preguntárselo a su padre.

GINA: Pero no ha sido el señor Werle mismo que nos ha regalado el pato.

EKDAL: Estaba cazando desde un bote y le disparó. Pero con su vista... En fin, no hizo más que inutilizarlo.

GREGORIO: ¿Unos perdigones en el cuerpo?

EUGENIA: En el ala. Aca. Por eso no pudo volar.

GREGORIO: ¿Y se fue al fondo?.

EKDAL: Al fondo, si, como hacen siempre, lo mas abajo que pueden. Se agarran con el pico a las raíces de los juncos y no vuelven a salir por nada.

GREGORIO: Pero parece que este sí salió.

EKDAL: El perro de su padre. Un diablo de inteligente el perro ese. Se zambulló detrás del pato y lo sacó a flote.

GREGORIO: ¿Y se lo dieron a ustedes?

HALMAR: Estuvo un tiempo en casa de tu padre pero no se acostumbraba. Le ordenaron a Pettersen que lo mate.

EKDAL: (Adormilado.) Pettersen, sí señor... Imbécil...

HALMAR: Y como papa lo conoce tanto a Pettersen, se arregló para que se lo dieran.

GREGORIO: ¿Y esta contento en el desván?

HALMAR: ¡Muy contento! ¡Engordó! Lleva tanto tiempo aquí que ya casi se vuelve doméstico.

GREGORIO: ¿Encerrado?. Tal vez. Te doy un sólo consejo: que no vea nunca ni cielo ni mar. (Un tiempo.) Entre paréntesis: Dijiste que tenías una habitación para alquilar...

HALMAR: Si. ¿Se te ocurre alguien que...?

GREGORIO: ¿Me la alquilarías?.

GINA: Pero señor Werle...

GREGORIO: ¿Puedo alquilarla? Me trasladaría mañana a primera hora.

HALMAR: Por nosotros encantados...

GINA: Pero es que... Señor Werle esta no es una habitación digna de una persona como...como...

HIALMAR: ¡Gina! ¿Por qué?

GINA: Bueno, no es demasiado grande, y es un poco oscura como para...

GREGORIO: No tengo demasiados escrúpulos, no vaya a creer.

HIALMAR: Yo, sin embargo, la encuentro bonita, y esta bastante bien amueblada.

GINA: Con esos... esos dos que viven abajo... Esos...

HIALMAR: El licenciado Molvik, y el doctor Relling.

GREGORIO: ¿Relling? Hubo un doctor Relling durante un tiempo en Hoidal.

HIALMAR: El mismo.

GINA: Creo que lo mejor es consultarlo con la almohada antes de decidirse.

GREGORIO: No la veo muy dispuesta a tenerme en su casa, señora Ekdal.

GINA: ¡Dios me libre! ¿Cómo se le ocurre?.

HIALMAR: ¿Realmente Gina...! (A Gregorio.) ¿Vas a quedarte por el momento en la ciudad?

GREGORIO: (Poniéndose el abrigo.) Sí.

HIALMAR: ¿Y que harías aquí?.

GREGORIO: (Pausa) Bueno, si lo supiera seguramente estaría mas tranquilo. Pero cuando uno tiene la desgracia de llamarse Gregorio Werle.

HIALMAR: (Ríe.) Y si no fueras Gregorio Werle, ¿qué te gustaría ser?

GREGORIO: ¿Si me dieran a elegir? (Tiempo.) Un perro.

GINA: ¿Un perro?

GREGORIO: Sí. Un perro inteligente. De esos capaces de zambullirse y rescatar a un pato salvaje que se agarra desesperado a las raíces del fondo.

HIALMAR: Francamente, Gregorio, no entiendo una palabra.

GREGORIO: No importa. Creo que ni siquiera tiene sentido. ¿Entonces mañana

a primera hora...? (A Gina.) Créame que no voy a darle ninguna molestia. Yo me arreglo solo. (A Hialmar.) De lo demás, ya hablaremos mañana. (Saluda.) Señora Ekdal... Eugenia...

GINA: Buenas noches señor Werle.

HIALMAR: Cuidado, la escalera esta oscura.

Hialmar lo acompaña hasta la puerta. Sale Gregorio.

HIALMAR: ¿Al fin puede uno comerse un bocado! (Come su sandwich.) ¿Lo ves, Gina...? Hay que saber moverse.

GINA: Sí. Hubiese preferido que fuese otro el inquilino. ¿Qué va a decir el director?

HIALMAR: ¿Werle? ¿Y qué le puede importar?

GINA: Es claro que algo no anda bien entre ellos.

HIALMAR: Nunca anduvo bien.

GINA: No sea cosa que crea que somos nosotros los que le hemos llenado la cabeza.

HIALMAR: Bueno, si lo quiere creer... El director Werle ha hecho mucho por mí, lo reconozco; pero eso no significa que yo tenga que estar a sus órdenes por toda la eternidad.

GINA: Mientras no se desquite con el pobre abuelo, y le saque el trabajo de las copias.

HIALMAR: Bueno, casi te diría: mejor. Un hombre como yo... Un... un hombre de ciencia, tener que ver que a su padre anciano lo tratan como un... paria. Pero ya está llegando el día. Sí, señor. (Come otro sandwich.) Uno tiene una misión en la vida. Una misión, y la voy a cumplir. Como que me llamo Hialmar Ekdal que la voy a cumplir.

EUGENIA: Eso, papa.

HIALMAR: Hemos alquilado el cuarto. Eso me da más independencia para mis... investigaciones. Sí señor: el hombre que se impone una misión en la vida tiene que ser independiente. (Por su padre que duerme en el sillón.) Gina: antes que

nada vamos a acostarlo. Pobre viejo. No pierdas la fe en tu hijo. Tiene hombros anchos. Y un día, cuando te despiertes... ¿No te parece, Gina?

GINA: Sí. Cuidado al levantarlo. ¿Vamos?

HIALMAR: Sí. Vamos.

Se llevan con cuidado al viejo dormido.

ACTO TERCERO

Estudio de Hialmar por la mañana. Luz por la claraboya del techo. Está corrido el cortinaje. Hialmar, a la mesa, retoca unas fotografías. Eugenia merodea y fastidia. Entra Gina de la calle.

HIALMAR: ¿Echaste una ojeada al cuarto de Gregorio?

GINA: Sí.

HIALMAR: Lo invité a desayunar. Como es el primer día. ¿Hay algo en casa?

GINA: Habrá que buscar algo.

HIALMAR: Creo que Relling y Molvic van a subir también. Me encontré con Relling en la escalera y tuve que...

GINA: ¿Así que también esa pareja de sinvergüenzas?

HIALMAR: ¡Dos más, dos menos...!

EKDAL: (Asomando desde su puerta.) Hialmar... (Nota la presencia de Gina.) Ah...

GINA: ¿Necesitaba algo, abuelo?

EKDAL: No, no, es igual. (Vuelve a entrar.)

HIALMAR: Gina... un poco de ensalada de arenque no vendría mal. Relling y Molvic han andado de... de copas seguramente anoche, y...

GINA: Mientras no se me aparezcan ahora.

HIALMAR: Pero si no hay ningún apuro... Tenemos todo el tiempo del mundo.

GINA: Podrías ir trabajando un poco en esas fotos mientras tanto.

HIALMAR: Pero si estoy trabajando, caramba. Yo, cuando puedo, ya se sabe...

Vuelve de mala gana a los retoques.

EKDAL: (Vuelve a asomarse. En voz baja.) ¿Mucho que hacer?

HIALMAR: No doy abasto con estas fotografías.

EKDAL: Bueno, bueno, nada. Si estás tan ocupado... (Vuelve a su cuarto dejando la puerta abierta.)

HIALMAR: (Deja el pincel y va hasta la puerta de Ekdal.) ¿Estás haciendo algo?

EKDAL: Ya que estás tan atareado, yo también, caramba.

HIALMAR: Bueno... bueno... (Vuelve al trabajo.)

EKDAL: (Unos instantes después vuelve a asomarse a la puerta.) En fin... Ahora, ya, tanto apuro no tengo.

HIALMAR: ¿Hacías copias?

EKDAL: ¡Maldita oficina! ¿No pueden esperar un día más? No es cuestión de vida o muerte, tampoco.

HIALMAR: Y al fin y al cabo uno tampoco es un esclavo, ¿no?

EKDAL: Y con todo lo que hay que hacer ahí adentro.

HIALMAR: Eso justamente es lo que iba a decirte. ¿Abro?

EKDAL: Y... No estaría mal, ir viendo...

HIALMAR: Así acabamos de una vez por todas, ¿no?

EKDAL: Tendría que estar listo mañana a la mañana. ¿Porque es mañana, no?

HIALMAR: (Asiente) Mañana.

Hialmar y Ekdal abren las puertas del desván. Entra luz por el tragaluz del techo. Vuelan algunas palomas de aquí a allá, y otras permanecen en las vigas arrullando. Las gallinas cacarean en el fondo.

HIALMAR: Cuando quieras.

EKDAL: ¿No me vas a ayudar?

HIALMAR: Bueno, después de todo creo

que... (Al ver a Gina en la puerta de la cocina.) ¿Yo?. No, no tengo tiempo... Con todo el trabajo que hay. (Tirando de una cuerda baja una especie de telón ordinario que deja invisible la parte baja de la buhardilla. Vuelve a la mesa.) A ver si de una vez por todas puedo tener un momento de tranquilidad.

GINA: ¿Otra vez allí adentro, haciendo vaya a saber qué cosas...?

HALMAR: Preferirías que ande por ahí tomand... (Se sienta.) ¿Buscabas algo?

GINA: Quería preguntarte si pongo la mesa aquí.

HALMAR: Si... Supongo que no vendrá nadie tan temprano.

GINA: No. No espero a nadie. Solo esa pareja de novios que tienen que posar juntos.

HALMAR: ¡Pero caramba, ¿no podían posar juntos otro día?!

GINA: Hialmar, mi amor... Los cité para después de comer, mientras estés haciendo la siesta.

HALMAR: Ah, bueno, bueno. Entonces sí, pondremos aquí la mesa.

GINA: Igual no hay ningún apuro. Se la puede seguir usando, digo.

HALMAR: Ya ves que estoy usándola todo lo que puedo.

Gina vuelve a la cocina. Un tiempo.

Desde la buhardilla Ekdal lo chista.

HALMAR: ¿Qué...?

EKDAL: Me parece que sea como sea vamos a tener que mover la tina.

HALMAR: Si, eso estaba pensando.

EKDAL: En fin... En fin... (Vuelve a entrar.)

Hialmar trabaja un momento, mira de reojo la buhardilla, se levanta a medias. Aparece Eugenia por la puerta de la cocina.

HALMAR: (Sentándose apresuradamente.) ¿Qué pasa?

EUGENIA: Nada. Quería estar cerca tuyo.

HALMAR: (Tras un silencio.) Lo único que te veo hacer es meter las narices en todo. ¿Te han encargado que me vigiles?

EUGENIA: ¡Qué idea!

HALMAR: ¿Qué hace tu madre?

EUGENIA: Esta ocupadísima con la ensalada de arenque. ¿Te puedo ayudar?

HALMAR: No, no. Es mejor que haga todo yo sólo. Mientras me queden fuerzas. Al fin y al cabo ¿qué importa que tu padre consuma su salud...

EUGENIA: ¿No digas eso, papá!. (Espía hacia el desván.)

HALMAR: Eugenia... ¿Qué hace?

EUGENIA: Parece que quiere abrir un camino nuevo para que el pato llegue hasta la tina.

HALMAR: Trabajando así, sólo, no lo va a terminar nunca. Y yo aquí condenado a esta silla.

EUGENIA: Yo lo puedo hacer, papá. Dame el pincel.

HALMAR: ¿Que locura! No harías más que estropearle la vista.

EUGENIA: Para nada. Dame ese pincel.

HALMAR: (Duda.) Bueno... (Levantándose.) Es sólo un minuto ¿eh?.

EUGENIA: ¿Qué daño me puede hacer? Vamos a ver... Vamos a empezar por ésta.

HALMAR: Nada de estropearle los ojos, ¿Esta claro? No quiero hacerme responsable de... Es tu propia responsabilidad.

EUGENIA: Si, mía. Solo mía.

HALMAR: ¿Ahí va! ¿Muy bien, Eugenia...! Muy bien... Un minuto, eh... Un minuto. O dos. (Se mete apresuradamente en el desván.)

Eugenia trabaja. Ekdal y Hialmar discuten adentro. Hialmar se asoma.

HALMAR: Eugenia, dame las tenazas que están en el estante. Y el martillo, ya que estas. (Volviendo adentro.) Vamos a ver... A ver si puedo explicarte como es la idea.

(Eugenia le alcanza las herramientas.)
Gracias hijita. Menos mal que llegué yo, sino esto... (Vuelve adentro nuevamente. Martillazos. Lllaman a la puerta, pero Eugenia no lo advierte.)

GREGORIO: (Asomandose. De entrecasa.)
Buenos días.

EUGENIA: ¿Adelante!

GREGORIO: Permiso... (Por los golpes.)
Parece que tienen gente trabajando hoy aquí.

EUGENIA: Papa y el abuelo. Voy a avisarles.

GREGORIO: No, no. Prefiero esperar un rato.

EUGENIA: ¿Hay un desorden en esta mesa?
(Empieza a sacar las fotos.)

GREGORIO: Por favor, no... ¿Son las fotografías para retocar?

EUGENIA: Lo estoy ayudando un poco a papa.

GREGORIO: Por mi, no interrumpas tu trabajo.

EUGENIA: Voy a seguir otro ratito.

Gregorio la mira en silencio.

GREGORIO: ¿Durmió bien el pato salvaje esta noche?

EUGENIA: Creo que si, gracias.

GREGORIO: (Por el desvan.) Con luz de día se lo ve muy distinto.

EUGENIA: Cambia mucho, si.

GREGORIO: Y... ¿Te gusta estar allí? Con el pato salvaje, digo...

EUGENIA: Si. Siempre que puedo.

GREGORIO: Seguramente, mucho tiempo de sobra no tendras. Con el colegio y todas esas cosas.

EUGENIA: No voy al colegio. A papa le da miedo que me estropee la vista.

GREGORIO: ¿Te enseña él mismo?

EUGENIA: Ajá. Bueno... me lo prometió.

Cuando tenga tiempo. Todavía no ha tenido, pero cuando tenga...

GREGORIO: ¿Y estás todo el día aquí?

EUGENIA: Todo el día aquí.

GREGORIO: Y ese desvan, me imagino, debe ser como un mundo aparte.

EUGENIA: Hay tantas cosas extraordinarias ahí.

GREGORIO: ¿De veras?

EUGENIA: Si. Unos armarios enormes, llenos de libros... Y muchos tienen estampas.

GREGORIO: ¿Ah...!

EUGENIA: Y un escritorio antiguo con cajoncitos, y un reloj grande con figuras que salen cuando suena la hora. Pero no funciona más.

GREGORIO: De manera que el tiempo se ha detenido allí, en los dominios del pato salvaje.

EUGENIA: Ajá. También hay una caja muy vieja, con pinturas; y otras cosas por el estilo. Pero sobre todo: libros.

GREGORIO: ¿Y te gusta leer esos libros?

EUGENIA: Siempre que puedo. Lo que pasa es que la mayoría están en inglés; y yo no entiendo inglés. Pero miro las figuras. Hay uno enorme, así, que se llama «History of London» y tiene muchísimos grabados. Debe tener, no sé, cien años, por lo menos. Doscientos... En la primera página se ve a la muerte con un reloj de arena, y una muchachita. ¡Horrible! Mas adelante, si, hay otras con iglesias y castillos, y barcos por los mares...

GREGORIO: Y digo yo, Eugenia. cuando estas ahí metida, mirando las estampas: ¿No se sienten ganas de salir y ver el mundo de verdad...?

EUGENIA: No señor. Me gusta así. Quedarme siempre en casa con papa y mama. Y el abuelo. Y el pato... Mi pato.

GREGORIO: Aja...

EUGENIA: (Aclara) Se lo presto a veces a papá y al abuelo, pero el pato es sólo mío.

GREGORIO: Supongo que alla adentro ese pato sera dueño y señor.

EUGENIA: Claro. Es un auténtico pato salvaje. Da tanta pena el pobre, sin tener con quien entretenerse.

GREGORIO: No tiene familia, como los conejos.

EUGENIA: No. Las gallinas, a ratos se juntan entre ellas. Pero él, pobrecito, separado de los suyos... Tan extraño... Nadie lo conoce. Nadie sabe de donde salió.

GREGORIO: Y, como si fuera poco, viene de la profundidad de los mares.

EUGENIA: (Reprime una sonrisa.) ¿Por qué dice «de la profundidad de los mares»?

GREGORIO: ¿Y cómo habría que decirlo?

EUGENIA: Bueno, podría haber dicho... «del fondo del mar».

GREGORIO: ¿Y por qué no «de la profundidad de los mares»?

EUGENIA: No sé. Me suena tan... raro que lo diga usted.

GREGORIO: ¿Y por qué será? A ver.

EUGENIA: En realidad... Bueno, no sé. Una tontería.

GREGORIO: No es ninguna tontería seguramente. Vamos a ver. ¿Por qué te hizo sonreír?

EUGENIA: Es que siempre que pienso en el desván y en todo lo que hay adentro, se me ocurre que eso allí se llama «la profundidad de los mares». No sé por qué, pero así se me ocurre. Tonterías, bah...

GREGORIO: No me lo parece para nada.

EUGENIA: Al fin y al cabo no es mas que un desván.

GREGORIO: (La mira fijamente.) ¿Estas segura?

EUGENIA: ¿Que no es mas que un desván?

GREGORIO: ¿Absolutamente segura?

Eugenia calla asombrada. Gina llega de la

cocina y pone la mesa. Gregorio hojea un album.

GREGORIO: Me han dicho que sabe retocar, senora Ekdal.

GINA: Claro que sé.

GREGORIO: Una feliz coincidencia.

GINA: ¿De qué?

GREGORIO: Que Hialmar se hiciera fotógrafo, digo.

EUGENIA: Mamá también sabe hacer fotografías.

GINA: Bueno. Tuve que aprender, claro.

GREGORIO: ¿Así, que en realidad, es usted la que lleva el negocio?

GINA: Y... Cuando Hialmar no tiene tiempo...

GREGORIO: Claro, ocupado como esta, con su padre...

GINA: Sí. Se da cuenta que esto de tener que andar retratando a fulano o a mengano no es algo justamente para un hombre como él.

GREGORIO: Bueno, pero estando en el oficio...

GINA: ¿Oficio? Señor Werle: mi Hialmar no es un... un fotógrafo vulgar y silvestre.

Se escucha un tiro que proviene del altillo. Gregorio se sobresalta.

GREGORIO: ¿Qué es eso?

GINA: ??Sera posible?! ¿Ya empiezan otra vez con la escopeta!

GREGORIO: ¿Disparan?

EUGENIA: Salieron de caza.

GREGORIO: ¡Cómo! (Se acerca a la puerta.) ¡Hialmar! ¿Estas... Estas disparando en el desván?

HALMAR: (Desde adentro.) ¿Llegaste, Gregorio? Ni me enteré, estaba tan ocupado. (A Eugenia.) ¡Si nadie me avisa! (A Gregorio, enseñando un pistolón de doble caño.) Es con esto nada más.

GINA: Alguno de estos dias va a haber una desgracia con esa arma.

HIALMAR: No va a haber ninguna desgracia, y se dice ese arma, no esa. Veinte veces te lo he dicho ya.

GINA: Ese o esa. Un dia va a haber una desgracia.

GREGORIO: Asi que el amigo Hialmar se ha vuelto cazador, también.

HIALMAR: Bueno... ¡cazador...! Tiro un poco a los conejos de vez en cuando. (Confidencial.) Por papá, Gregorio, no sé si...

GINA: Los hombres son gente rara. Si yo tendria que divertirme...

HIALMAR: (Interrumpe.) Tuviese. Si yo «tuviese».

GINA: (Dolida.) Hialmar...

HIALMAR: Y no hay más que hablar. (A Gregorio.) De afuera no se escuchan... Los tiros, digo. (Coloca el arma en el estante.) Cuidado con el arma, Eugenia. Uno de los cañones quedó cargado, ¿sí?

EUGENIA: Ahora que terminó la caceria puede mirar al pato.

GREGORIO: (Mirando hacia adentro.) Tiene un ala caída.

HIALMAR: La de la perdigonada.

GREGORIO: Y arrastra una pata.

HIALMAR: Apenas.

EUGENIA: La que le mordió el perro.

HIALMAR: Pero fuera de eso... Y es asombroso, pensando en la acantidad de perdigones que lleva en el cuerpo, y que anduvo entre los colmillos de ese perro.

GREGORIO: (Mira a Eugenia.) Y sobretodo que ha estado tanto tiempo «en la profundidad de los mares».

EUGENIA: (Sonrie.) Si.

GINA: El bendito pato. Tanta preocupación por un pato salvaje.

HIALMAR: ¿Falta mucho para el almuerzo?

GINA: En un momento. Eugenia... Necesito que me ayudes.

Gina y Eugenia salen hacia la cocina.

HIALMAR: Seria mejor que no te quedes ahí mirando a mi padre. No le gusta. Convendria que cierre la puerta antes que vengan los demas. (Da unas palmadas para espantar a las aves.) ?Ush! ?Ush! ?Vamos, vamos! (Cierra la puerta.) Bueno... como ves, a Gina no le gusta mucho esto de tener animales en el estudio.

GREGORIO: Lógico. Siendo el estudio su lugar de trabajo, ¿no?

HIALMAR: Bueno, las cosas mas sencillas se las confio a ella. Asi puedo refugiarme en la sala a pensar en cosas mas importantes, en mi... (Indeciso) Gregorio, te han hablado seguramente de mi invento...?

GREGORIO: ?Un invento.? No.

HIALMAR: Bueno, todavía no está del todo terminado, pero estoy trabajando en él. Te podrás imaginar que cuando decidí dedicarme a la fotografía no era para hacer retratos a cualquiera.

GREGORIO: Eso justamente me comentaba Gina recién. ¿Y de qué se trata, si se puede saber?

HIALMAR: Amigo... no me pidas detalles, ¿sí?. La cosa precisa tiempo. Y no vayas a creer que lo hago por dinero, por vanidad, o algo así. No trabajo para mí, Gregorio, no, no. Es la misión que me impuse, y no la abandono de dia ni de noche.

GREGORIO: ¿Y cuál es esa misión, si se puede saber?

HIALMAR: Hay un anciano de cabellos blancos en esta casa, Gregorio.

GREGORIO: ¿Tu padre...? ¿Y qué podrías hacer por él?

HIALMAR: Nada menos que devolverle la dignidad perdida. Recuperar el honor del apellido Ekdal.

GREGORIO: ¿Y esa es tu misión?

HIALMAR: Quiero salvar a ese náufrago, Gregorio. El doctor Relling dice que cuando esté listo el invento, cuando vengan los reconocimientos, las honras, le per-

mitirán a papá volver a vestir el uniforme. En todo caso, sólo exigiré eso como premio. La única recompensa del pobre inventor.

GREGORIO: Entonces, es lo del uniforme lo que...

HALMAR: Mi único anhelo. Nadie puede imaginar lo que sufro por él. Si lo vieras... No hay fiesta familiar que no haga su entrada con el viejo uniforme, el de los días felices. Pero basta que llamen a la puerta, para que corra a su cuarto a cambiarse. Asustado de que alguien pueda verlo. Eso desgarró el corazón de un hijo, Gregorio.

GREGORIO: ¿Y cuanto tiempo te llevara terminar tu invento?

HALMAR: ¡Bueno, por Dios, no me pidas detalles así! ¡Cuánto tiempo...! En un descubrimiento hay muchas cosas imprevisibles. Depende mucho de la inspiración... de la... la intuición.

GREGORIO: ¿Pero avanza al menos?

HALMAR: ¡Y ya lo creo!. A su ritmo. Todas las tardes, después de almorzar, me encierro en la sala donde uno puede pensar tranquilo, meditar. Sin urgencias, eso sí. Si algo no sirve es que me apuren, como dice el doctor Relling.

GREGORIO: ¿Y no te parece que toda esta cuestión del pato salvaje, y el desván te distraen del invento...?

HALMAR: ¿Todo lo contrario! No es humanamente posible estar eternamente concentrado en lo mismo. Es importante un... un pasatiempo, digamos para refrescarse un poco las ideas. La inspiración, el rayo de luz, cuando llega, llega. Si es que llega.

GREGORIO: Mi querido Hialmar... Te miro, y te veo tanto de pato salvaje.

HALMAR: ¿De pato salvaje?

GREGORIO: Te has hundido hasta el barro del fondo, y te has agarrado a las raíces.

HALMAR: Gregorio...

GREGORIO: Yo no diría que estas herido, pero sí que te metiste en un pantano, que

te has infectado, y te has ido a lo mas hondo para morir en la oscuridad.

HALMAR: ¿En la oscuridad? ¿Morir...? ¿Qué disparates son esos Gregorio?

GREGORIO: Calma. Yo voy a sacarte a la superficie, Hialmar. Yo también tengo una misión en la vida. La encontré ayer.

HALMAR: Gregorio, te pediría que no me mezcles con esa... misión. Aparte de mi melancolía, que es una cosa natural en mí, estoy tan a gusto con mi vida como cualquiera lo podría desear.

GREGORIO: Otro efecto del veneno.

HALMAR: Gregorio, no me hables de venenos, ni de enfermedades... No... No estoy acostumbrado. Aquí en casa no hablamos de esas cosas. No será una casa rica, bueno, pero soy un inventor, un padre de familia. Esas cosas lo elevan a uno por encima de las pequeñeces de todos los días. ¡Pero qué bien, aquí llega el almuerzo!

Entran Gina y Eugenia con bandejas. Desde la puerta de la escalera Relling y Molvik, vestido de riguroso negro.

GINA: Hay dos que si llegan a tiempo.

RELLING: A Molvik se le metió en la cabeza que olía como ráfagas de arenque, y ya no hubo manera de detenerlo. Buenos días de nuevo, Hialmar.

HALMAR: Gregorio, te presento al señor Molvik, licenciado en teología... y al doctor Relling. ¿Se conocían ya, verdad?

GREGORIO: Apenas.

RELLING: ¡El señor Werle hijo, cómo no! Nos hemos peleado bastante allá arriba en Hoidal. ¿Ha venido a instalarse aquí?

GREGORIO: Desde esta mañana.

RELLING: Abajo vivimos Molvik y yo, así que si necesita médico, y después pastor, no tiene que ir demasiado lejos.

GREGORIO: Gracias. Todo puede pasar: ayer fuimos trece a la mesa.

HALMAR: Basta, Gregorio, de ideas sinistras.

RELLING: Calma, Hialmar Ekdal. El dedo de la fatalidad no te toca. Te lo aseguro yo.

HIALMAR: (Por Gina y Eugenia.) Así lo espero por ellas. ¡Pero ahora sentémonos, comamos, tomemos, y disfrutemos!

GREGORIO: ¿No esperamos a tu padre?

HIALMAR: No. Prefiere comer en su cuarto mas tarde.

Comen y beben. Gina y Eugenia van y vienen sirviéndolos.

RELLING: ¿Que borracho estaba Molvik anoche, senora Ekdal! ¿Había que verlo!

GINA: Ninguna novedad.

RELLING: ¿No lo oyó cuando lo traje?

GINA: No, no escuché nada.

RELLING: Mejor, porque estaba hecho una lástima, realmente.

GINA: ¿Si, Molvik?

MOLVIK: Corramos un velo sobre los acontecimientos de anoche, senora. Esas cosas son totalmente ajenas a mi yo superior.

RELLING: El pobre se pone como un poseído. Lo domina una especie de sugestión, y no hay más remedio que sacarlo de farrá por ahí. No hay nada que hacer. Nos guste o no nos guste el Licenciado Molvik es un auténtico demoníaco.

GREGORIO: ¿Demoníaco?

RELLING: Demoníaco.

GREGORIO: Aha.

RELLING: Y las naturalezas demoniacas no pueden andar por la senda recta. Eso no está hecho para ellos. Necesitan serpentear un poco de vez en cuando. Desviarse, perderse y volver a encontrarse. ¿En fin...! ¿Y usted sigue resistiendo alla arriba en esa fabrica espantosa?

GREGORIO: Hasta ahora lo vengo sopor-tando.

RELLING: ¿Y logró por fin convencer a alguien de esa famosa teoría suya...? Aquel

compromiso que exigía. ¿Cómo era...?

GREGORIO: (Evasivo.) Ah, si.

RELLING: ¿«La exigencia de los ideales.»! Así era.

GREGORIO: Una tontería.

RELLING: ¿Tontería? Recorria el pueblo de Hoidal reclamando el cumplimiento de «La exigencia de los ideales.»

GREGORIO: Bueno. Era muy joven.

RELLING: Indudablemente era joven, sí. Y que yo recuerde, mientras estuve allí no consiguió un solo seguidor.

GREGORIO: Ni después tampoco.

RELLING: Presumo que habra tenido la cordura de transigir un poco.

GREGORIO: No transijo nunca cuando trato con hombres dignos de ese nombre.

HIALMAR: Eso me parece muy bien, muy bien. Gina: un poquito mas de manteca, ¿podría ser?

RELLING: Y una tajada de panceta para Molvik.

MOLVIK: ¿Por favor, no...! ¿Ni la palabra, panceta!

Se escuchan golpes en la puerta del altillo.

HIALMAR: Eugenia... El abuelo quiere salir.

Eugenia abre. Entra el viejo Ekdal con una piel de conejo recién arrancada, sangrante.

EKDAL: Buenos días señores. Buena caza la de hoy. Maté uno de los grandes.

HIALMAR: Y lo desollaste sin esperarme.

EKDAL: Y lo salé también, ya que estaba. Me gusta la carne de conejo; es blanda y dulzona. Gusto a azúcar. ¡Buen provecho, señores!

Entra a su pieza.

MOLVIK: (Levantandose.) Disculpen un segundo. No... No puedo mas...

RELLING: ¿Sal de fruta, tonto!

Molvik sale apurado.

RELLING: ?Un brindis por el viejo cazador!

HIALMAR: ?Si, por nuestro Buffalo Bill al borde de la tumba!. (Brinda y ríe.)

RELLING: ¡Hialmar Ekdal sí que es un hombre feliz! ¡Tiene una misión por la cual luchar...! ¡Y una mujercita que va silenciosa de aquí para allá moviendo esas caderas... Haciendo todo comfortable, y abrigadito a su alrededor...!

HIALMAR: La verdad, Gina, es una buena companera.

GINA: Quieren hacer el favor de dejar de cotorrear sobre mi.

RELLING: ?Y la pequena Eugenia, Hialmar!

HIALMAR: ¡Eugenia...! ¡Eugenia sobre todo! (Le acaricia el pelo.) A ver... ¿Qué día es mañana?.

EUGENIA: (Evadiéndose.) Esta bien, ya.

HIALMAR: Se me parte el corazón cuando pienso que no tendrás más que esa humilde fiestita en el desván.

EUGENIA: ?Pero si eso es justamente lo que quiero!

RELLING: Un poco mas de paciencia Eugenia. Hasta que tu padre termine ese invento extraordinario.

HIALMAR: Si señor. ¡Y no pasará mucho! Eugenia, he tomado la decisión de asegurar tu porvenir. Serás feliz mientras vivas. Exigiré algo para mi hija. No se... algo. Va a ser la única recompensa del pobre inventor.

EUGENIA: (Lo abraza.) Papá... Querido papá.

RELLING: (A Gregorio.) ¡Señor Werle! ¿Qué se siente, para variar, compartiendo la mesa bien servida de una familia dichosa?.

HIALMAR: ?Para mi, nada mejor que la hora de comer!

GREGORIO: Por mi parte, me ahoga el olor del pantano.

RELLING: ?Del pantano?

HIALMAR: ?Gregorio, otra vez...!

GINA: Dios sabe que en esta casa olor no va a encontrar. Todas las mananas, antes que nada se ventila pieza por pieza.

GREGORIO: (Abandonando la mesa.) Créame que el hedor al que me refiero no suele ventilarse en esta casa.

HIALMAR: ?Hedor?

GINA: ¿Qué te parece eso, Hialmar?

RELLING: Perdone... ?No sera usted el que trae el olor de alla, de la fabrica?

GREGORIO: Es propio de usted llamar olor a lo que yo traigo a esta casa.

RELLING: Escuche, señor Werle hijo; me parece que usted todavia conserva intacta en el bolsillo aquella «exigencia de los ideales»

GREGORIO: No en el bolsillo; en el corazón.

RELLING: ¡Métsela donde le guste! Pero mientras yo esté aquí le aconsejo que no la saque.

GREGORIO: ¿Y si lo hago, qué?

RELLING: Va a bajar las escaleras con la cabeza. Y no diga que no se lo adverti.

HIALMAR: Pero Relling...

GREGORIO: Inténtelo...

GINA: ¡Relling, por favor!, ¡Y usted, señor Werle, no es quién para venir a hablar acá de olor!

Llaman a la puerta.

EUGENIA: Llaman, mama.

HIALMAR: ?Uf, mas fotos!

GINA: (Abre la puerta. Se estremece y retrocede.) ?Usted...?

El director Werle, con abrigo de piel, entra en el estudio.

WERLE: Disculpen. Tengo entendido que mi hijo vive aqui.

GINA: (Sofocada.) Si.

HIALMAR: Señor director, por favor, adelante...

WERLE: Gracias. Sólo deseo hablar con mi hijo.

GREGORIO: Bien, ¿que hay? Aquí estoy.

WERLE: Quisiera hablar a solas.

HIALMAR: Por favor, pueden hacerlo aquí mismo. Vamos al salón, Relling... Gina...

Salen. Pausa.

GREGORIO: Bueno, ya estamos solos.

WERLE: Por las insinuaciones que hiciste anoche, y viendo que te has venido a vivir aquí, presumo que tus intenciones para conmigo no son muy buenas.

GREGORIO: Mi única intención es abrirle los ojos a Hialmar Ekdal. Que vea la realidad tal como es. Eso es todo.

WERLE: Así que esa es la misión de la que hablabas.

GREGORIO: Si. No me dejaste otra.

WERLE: ¿Soy yo quien te ha perturbado el espíritu?

GREGORIO: Me arruinaste la existencia. Y no me refiero a lo de mi madre. Quien otro, si no, sería el culpable de los remordimientos de conciencia que me atormentan.

WERLE: Aha... Así que es la conciencia la que esta en juego.

GREGORIO: Tendría que haber reaccionado cuando se preparó esa trampa para el teniente Ekdal. Tendría que haberlo prevenido porque sospechaba como terminaría todo eso.

WERLE: Siendo así, en efecto, ese era el momento de hablar.

GREGORIO: Pero fui tan cobarde que no me atreví. Siempre te tuve terror.

WERLE: Por lo visto se te ha pasado.

GREGORIO: Afortunadamente. El mal causado al viejo Ekdal por... nosotros, no puede remediarlo nadie; pero a Hialmar si pienso salvarlo de la mentira y los engaños

que lo estan llevando a la ruina.

WERLE: Creyendo, naturalmente, que con eso le estas haciendo un bien.

GREGORIO: Tengo la seguridad absoluta.

WERLE: Y pensando que el fotógrafo Ekdal terminará agradeciéndote semejante prueba de amistad.

GREGORIO: Si. Así lo creo.

WERLE: Ya lo veremos.

GREGORIO: Si voy a seguir soportando la vida, tengo que encontrar un remedio para mi conciencia enferma.

WERLE: No se curará nunca. Ha estado enferma desde tu infancia. Herencia de tu madre, Gregorio: La única que te legó.

GREGORIO: Todavía no has podido digerir la desilusión que te llevaste cuando descubriste que la fortuna con la que te creías casar... no era tal.

WERLE: No cambiemos de tema. Entonces estas decidido a poner a Hialmar sobre una pista que te parece acertada.

GREGORIO: Esa es mi intención.

WERLE: Creo que podría haberme ahorrado el paseo hasta aquí. Deduzco que es inútil preguntarte si volveras a casa.

GREGORIO: Inútil, si.

WERLE: ¿Tampoco accederías a ser mi socio?

GREGORIO: Tampoco.

WERLE: Muy bien. Pero como pienso volver a casarme voy a darte inmediatamente tu parte de mis bienes.

GREGORIO: No quiero nada.

WERLE: ¿No?

GREGORIO: No. Mi conciencia no me lo permite.

WERLE: ¿Vas a volver a la fabrica?

GREGORIO: No. Me considero despedido.

WERLE: ¿Y a qué vas a dedicarte en ade-

lante, si se puede saber?

GREGORIO: A cumplir mi misión. Exclusivamente.

WERLE: ¿Y de qué vas a vivir?

GREGORIO: Algo tengo ahorrado de mi sueldo.

WERLE: ¿Y para cuanto tiempo alcanzara?

GREGORIO: Creo que durara lo que yo dure.

WERLE: ¿Qué significa eso?

GREGORIO: No tengo nada que contestar.

WERLE: Entonces adiós, Gregorio.

GREGORIO: Adiós.

Werle se va.

HIALMAR: (Asomando.) ¿Se fue?

GREGORIO: Si.

Entran los otros.

RELLING: Y nos estropeó el almuerzo.

GREGORIO: Hialmar: quiero que me acompañes a dar un largo paseo.

HIALMAR: Bueno... Como no. ¿Qué quería?. ¿Se trataba de mí?

GREGORIO: Vamos. Tenemos bastante que hablar. Voy a ponerme el abrigo. (Sale.)

GINA: No deberías ir con él, Hialmar.

RELLING: No vayas. Es mejor quedarse aquí.

HIALMAR: (Toma su abrigo y su sombrero.) ¿Cómo voy a...? Cuando un amigo de la infancia necesita abrirme su corazón?

RELLING: Pero... ¿Mierda! No ves que ese tipo esta chiflado, tocado de la cabeza, loco.

GINA: ¡Que te decía yo! Su madre también tenía ataques así, a veces.

HIALMAR: Razón de más para necesitar el cuidado de un amigo. Adiós. Hasta luego.

Sale.

RELLING: Es una verdadera pena que este tipo no se haya desbarrancado en uno de esos precipicios de Hoidal.

GINA: ¡Jesús! ¿Por qué dice una cosa así?

RELLING: Yo me entiendo.

GINA: ¿Le parece que esta loco de verdad...?

RELLING: No. no se trata de eso. No esta mas loco que la mayoria.

GINA: ¿Y qué tiene entonces?

RELLING: Voy a decírselo, Gina: Gregorio Werle es nada mas ni nada menos que un extremista de la rectitud.

GINA: ¿Y eso es una enfermedad?

RELLING: Hoy por hoy: grave. Por suerte aparece sólo de manera esporádica. (Saludando a Gina.) Le agradezco el almuerzo.

Sale.

ACTO IV

Estudio de Hialmar, momentos después de hacer una fotografía. En medio de la habitación, la cámara, cubierta con un pano negro, sobre un tripode, un par de sillas y algun accesorio. Anochece. Gina, desde la puerta, despide a unos clientes.

GINA: Las tomas del sillón veré primero como salen antes de copiarlas. Las del vestido de boda, que tienen más luz, se las llevaré yo misma apenas las revele. Cuidado allí los escalones del recodo: son estrechos, y con la oscuridad se ponen peligrosos.

Cierra la puerta. Comienza a ordenar los enseres del estudio.

EUGENIA: ¿Cómo es posible que no haya vuelto todavía?

GINA: ¿Estas segura que no esta abajo en la pieza de Relling?

EUGENIA: Pregunté hace un momento.

GINA: Se le va a enfriar la cena.

EUGENIA: Con lo puntual que es papa para la comida.

GINA: No te preocupes, Eugenia. No puede tardar. (Descubre a Hialmar que llega.)
¿Aquí está!

EUGENIA: ¿Papa, cuanto te esperamos!

GINA: (Mirandolo de soslayo.) Tardaste mucho, Hialmar.

HALMAR: (Sin mirarla.) Si. Tardé bastante. (Se quita el abrigo. Ellas quieren ayudarlo pero él las rechaza.)

GINA: ¿Comiste con Gregorio?

HALMAR: No.

GINA: Te traigo la cena entonces

HALMAR: No. No quiero comer.

EUGENIA: ¿Te estas sintiendo mal, papa?

HALMAR: Regular. Dimos un paseo muy largo Gregorio y yo.

GINA: No tendrías que haber ido. No estas acostumbrado.

HALMAR: Bah... Hay muchas cosas en este mundo a las que un hombre tiene que acostumbrarse. ¿Vino alguien mientras yo no estuve?

GINA: Los dos novios solamente.

HALMAR: ¿Ningun encargo nuevo?

GINA: No. Hoy tampoco.

EUGENIA: Seguro que mañana va a haber muchos.

HALMAR: Espero. Porque desde mañana pienso ponerme a trabajar en serio.

EUGENIA: ¿Mañana? ¿Qué día es mañana, papá...?

HALMAR: Ah... si. Verdad. Pasado mañana, entonces. En adelante voy a hacerme cargo yo mismo de todo el trabajo.

GINA: ¿Y cual seria la ventaja, Hialmar? Complicarte la vida... Si yo con la fotografia me arreglo bien. Mientras puedas seguir con el invento...

EUGENIA: Y con el pato salvaje, papa, y con las gallinas, los conejos...

HALMAR: ¿Basta de estupideces, Eugenia! Desde mañana no piso mas ese desvan

EUGENIA: ¿Papa! Me prometiste que mañana habria fiesta.

HALMAR: Bueno... ¿Desde pasado mañana!. Me dan ganas de retorcerle el cogote a ese maldito pato.

EUGENIA: ¿Mi pato!

GINA: ¿Dios me libre!

EUGENIA: (Sacudiéndolo.) ¡Papá! ¡El pato es mio...!

HALMAR: Por eso mismo no lo hago. Aunque en el fondo de mi alma sepa que estoy haciendo mal. No tengo por qué soportar bajo mi techo nada que venga de esas manos.

GINA: ¿Pero qué tiene que ver que el idiota de Pettersen se lo haya regalado al abuelo, para que...?

HALMAR: Hay ciertas exigencias... la exigencia de los ideales, ciertos compromisos que un hombre no puede eludir sin danar profundamente su alma.

EUGENIA: Papa... Es solamente un pato... un pato salvaje...

HALMAR: ¿Y por eso te dije que lo perdono! Porque es tuyo. Y porque tengo otros deberes mas importantes que cumplir. Bueno Eugenia, es hora de tu paseo.

EUGENIA: No tengo ganas de salir, ahora.

HALMAR: Este aire viciado no te sienta bien.

EUGENIA: Papa... Dame tu promesa de que no le vas a hacer nada malo al pato cuando yo esté afuera.

HALMAR: Te dije que no le tocaré ni una pluma. (La abraza.) Eugenia... Nosotros... (Le señala la puerta.) Vamos.

Eugenia sale.

HALMAR: Gina...

GINA: ¿Qué?

HALMAR: Desde mañana..., o bueno, pasado mañana, quiero llevar yo mismo las

cuentas de la casa.

GINA: ¿Las cuentas?

HIALMAR: Sí. Bueno, o comprobar los ingresos, por lo menos.

GINA: ¿Jesus! ¿Los ingresos...! Eso se comprueba enseguida.

HIALMAR: No parece. Tengo la impresión de que el dinero dura demasiado aquí. ¿Cómo es eso?

GINA: Sencillamente nos arreglamos con poco.

HIALMAR: ¿No será que a mi padre le están pagando demasiado generosamente esas copias que hace para Werle?

GINA: No lo sé. No sé cual es el precio que se paga por un trabajo como ese.

HIALMAR: Resumiendo: ¿Cuanto cobra, mas o menos?

GINA: Lo que gasta. Y algo mas para alguna pequenez.

HIALMAR: ¿Lo que gasta...? No me habías dicho nada de eso.

GINA: No. Te hacía tan feliz pensar que con tu plata lo mantenías.

HIALMAR: Y resulta que lo mantiene el director Werle.

GINA: A Werle le sobra el dinero.

HIALMAR: (Seco) ¿Podrías encender la lámpara?

Gina lo hace.

GINA: Además, no fui yo quien le buscó ese trabajo. Fue Berta Soerby, cuando entró en la casa del director.

HIALMAR: Me parece que te tiembla la voz.

GINA: ¿La voz?

HIALMAR: Y las manos también. ¿O me equivoco?

GINA: Vamos, Hialmar. ¿Qué te dijo de mí, ése?

HIALMAR: ¿Es verdad..., puede ser verdad, que cuando trabajabas en casa del di-

rector Werle hayas tenido algo con él?

GINA: No, no es verdad. En ese momento no. El director siempre me anduvo atrás, eso sí. Y la señora creyendo que había algo armó un escándalo horrible. Me tiró de los pelos, un día, me pegó. Ahí me fui de la casa.

HIALMAR: Entonces fue después.

GINA: Volvi a casa de mi madre. Ella... no era como creías, Hialmar. No hacía mas que insistirme con que si el señor era viudo... ¿Esta claro, no?

HIALMAR: ¿Y qué más?

GINA: Bueno... Supongo que será mejor que lo sepas de una vez por todas: No paró hasta que consiguió lo que buscaba.

HIALMAR: ¡Y ésta es la madre de mi hija! ¿Cómo pudiste ocultarme todo eso!

GINA: Hice mal. Lo reconozco. Tendría que habértelo contado mucho antes.

HIALMAR: Sí. Así me habría dado cuenta a tiempo de quién eras.

GINA: ¿Te habrías casado conmigo?

HIALMAR: No.

GINA: Por eso justamente no me animé. Yo te quería demasiado, Hialmar. Y nadie busca su propia desgracia.

HIALMAR: ¡La madre de mi Eugenia! ¡Y pensar que mi casa..., (Patea una silla.) todo ésto que llamo mi hogar, se lo debo al canalla de Werle!

GINA: ¿Vas a renegar de los quince años que vivimos juntos?

HIALMAR: ¿Y no sentías remordimiento cada día, cada hora, por esta red de mentiras que tejiste como una araña? ¿La verdad! ¿No sentías remordimiento... Angustia, al menos!

GINA: ¿Hialmar, mi amor! Tenía tanto que hacer. Tanto en que pensar todo el día en la casa.

HIALMAR: ¿Y nunca se te ocurrió mirar hacia atrás? ¿Examinar tu pasado?

GINA: Bien sabe Dios que casi me había olvidado esas viejas historias.

HIALMAR: ¡Qué insensibilidad! ¡Qué indiferencia más monstruosa! Eso es lo que más me indigna. Ni el menor arrepentimiento.

GINA: Hialmar: ¿Qué hubiese sido de tu vida si no hubieras encontrado una mujer como yo?

HIALMAR: (Con ironía.) ¿Una mujer como ella!

GINA: Sí. La que fui siempre. La mujer práctica de la casa, como quien dice.

HIALMAR: ¿Que qué habría sido de mí?

GINA: En la época en la que nos conocimos ya empezabas a descarriarte.

HIALMAR: ¿A descarriarme? Nunca vas a entender lo que llega a sentir un hombre desesperado, con un carácter impulsivo como el mío, encima.

GINA: No quiero discutir eso ahora. Lo cierto es que te volviste una buena persona gracias a que tenías un hogar y una familia. Vivíamos tranquilos y felices, y ahora que nos habíamos instalado bien, que Eugenia y yo íbamos a comprar un poquito de ropa, a comer un poco mejor...

HIALMAR: ¿Sí, en el pantano de la mentira!.

GINA: ¿Dios mío! ¿Ojala ese lunático no habría venido nunca a esta casa!

HIALMAR: ¿Hubiese venido!

GINA: ¿Hialmar...!

HIALMAR: ¡Y yo que estaba tan contento con mi casa, que creía que el mío era un verdadero hogar! ¿Dónde voy a encontrar ahora el estado de ánimo necesario para sacar mi invento a la luz?. Va a morir conmigo, Gina, y el culpable de ese crimen habra sido tu pasado.

GINA: (A punto de llorar.) Hialmar, yo no he querido mas que tu bien.

HIALMAR: Cada vez que me recostaba allí en el sofá a pensar sobre el invento, sentía el presentimiento claro que la tarea me estaba absorbiendo hasta las últimas fuerzas; que el día que tuviese la patente entre mis manos ése sería el de

mi despedida. Y mi sueño era que me sobrevivieras, acomodada y sin preocupaciones. Que todo el mundo honrara en Gina Ekdal a la viuda del famoso inventor desaparecido.

GINA: ¿Hialmar, no hables así! ¿El señor no me permita ver el día en que me quede viuda!

HIALMAR: ¡Qué importa, ahora que se terminó todo!

Gregorio Werle abre cautelosamente la puerta y mira.

GREGORIO: ¿Puedo pasar?

HIALMAR: Adelante.

GREGORIO: (Radiante, tendiéndole las manos.) ¡Y bien, queridos amigos...! (A Hialmar por lo bajo.) ¿No lo hiciste todavía?

HIALMAR: (Sombrio.) Sí. Ya lo hice.

GREGORIO: ¿Sí?

HIALMAR: Y pasé la hora más amarga de mi vida.

GREGORIO: Pero también la más pura, ¿no?

HIALMAR: Lo cierto es que ya está todo en claro.

GINA: Dios lo perdone señor Werle.

GREGORIO: (Sorprendido.) No entiendo.

HIALMAR: ¿Qué cosa?

GREGORIO: La gran explicación que debía servir de punto de partida a una nueva vida conyugal, Hialmar... basada en la verdad, y sin ninguna reserva.

HIALMAR: Sí, sí, ya sé... Lo sé muy bien.

GREGORIO: Estaba convencido de que al entrar iba a saltarme a la vista la transfiguración resplandeciente del marido y la esposa. ¡Y qué veo! ¡Sombras y oscuridad!

GINA: (Quitando la pantalla de la lámpara.) Si es por eso...

GREGORIO: Bueno, usted no entiende señora Ekdal. Pero, Hialmar: es imposible

que no sientas todo tu ser vibrar y elevarse después de la gran crisis.

HIALMAR: Si, naturalmente, es decir, hasta cierto punto...

GREGORIO: Hialmar: no hay nada mas noble que perdonar a la pecadora y elevarla hasta uno por amor.

HIALMAR: ¿Y te parece tan facil para un hombre digerir un trago amargo asi?

GREGORIO: Para un hombre vulgar tal vez no. Pero para Hialmar Ekdal...

HIALMAR: ¡Dios mío, sí, lo sé! Pero necesito que me ayudes, Gregorio. Necesito tiempo.

GREGORIO: ¿Cuántas cosas quedan todavia de pato salvaje, Hialmar!

Entra Relling.

RELLING: ¿Otra vez el pato salvaje sobre el tapete!

HIALMAR: Si. La presa del señor Werle con el ala rota.

RELLING: ¿El director Werle? ¿Hablaban de él?

HIALMAR: De él, y de nosotros.

RELLING: (Por lo bajo a Gregorio.) ¿Vayase a la mierda!

HIALMAR: ¿Qué estás diciendo?

RELLING: Expreso el deseo sincero de que este charlatan vuelva a su lugar de origen. Si sigue aqui es capaz de arruinarles la vida a los dos.

GREGORIO: Pierda cuidado señor Relling. Aqui nadie va a arruinarse. Ni Hialmar, a quien conocemos bien, ni esa mujer que conserva a pesar de todo un fondo leal y honrado.

GINA: ¿En ese caso, porqué no me aceptó como soy?

RELLING: (A Gregorio.) Sería indiscreto preguntarle a qué ha venido realmente a esta casa.

GREGORIO: A conseguir una verdadera unión conyugal.

RELLING: Usted cree que el matrimonio Ekdal no es lo que deberia ser.

GREGORIO: No es un matrimonio muy distinto de tantos otros. Pero todavía no ha llegado a ser una verdadera unión conyugal.

HIALMAR: ¿Nunca pensaste en la exigencia de los ideales, Relling?

RELLING: ¿Basta de sermones, Hialmar! Perdone, señor Werle: Así, en números redondos... ¿podría decirme cuantas uniones conyugales verdaderas -como usted dice- ha visto en su vida?

GREGORIO: Si tengo que decir la verdad, ninguna.

RELLING: Yo tampoco.

GREGORIO: Pero he visto muchas del género opuesto. Y pude comprobar de cerca el dano que esa clase de uniones le puede causar a una pareja.

HIALMAR: Toda la base moral de un hombre se puede derrumbar bajo sus pies. Eso es lo terrible.

RELLING: Miren, nunca estuve lo que se dice casado propiamente, con lo que no puedo hablar mucho de esto. Pero de lo que no tengo la menor duda es de que la unión incluye también a los hijos. ¡Así que dejen en paz a Eugenia!

HIALMAR: Eugenia... Mi pobre Eugenia.

RELLING: Hagan el favor, les pido, de no mezclar a Eugenia en nada de esto. Ustedes son personas mayores. Pueden chapotear en sus existencias y arruinarlas si se les antoja. Pero la de Eugenia no.

HIALMAR: No, Relling, no. Mientras Eugenia me tenga a mi, mientras yo viva...

Llaman a la puerta de la escalera. Callan.

GINA: Adelante.

Entra la senora Soerby.

SOERBY: Buenas noches.

GINA: ¿Berta!

SOERBY: Si, yo. ¿Estorbo?

HIALMAR: ¿No, por favor! Alguien que viene de parte de esa casa.

SOERBY: (A Gina.) Francamente no esperaba encontrar a tus hombres a estas horas. Me vine a la disparada para charlar un ratito y despedirme.

GINA: ¿Cómo? ¿Te vas?

SOERBY: Sí. Mañana a la mañana. A Hoidal. El director se ha ido esta tarde. (A Gregorio.) Me pidió que le dejara saludos de su parte.

HIALMAR: Así que el señor Werle... ¿Y ahora se va usted?

SOERBY: Sí. ¿Que le parece?

HIALMAR: Que tenga cuidado. Eso me parece.

GREGORIO: Hialmar... Mi padre se casa con la señora Soerby.

HIALMAR: ¿Se casa...!

GINA: ¿Sí, Berta? ¿Por fin!

RELLING: (Acusando el impacto.) ¿Eso no será en serio, no?

SOERBY: En serio querido Relling. Absolutamente en serio.

RELLING: ¿Así que piensa casarse de nuevo, Berta?

SOERBY: Así parece. Werle ha arreglado los papeles, y haremos una boda sencilla allá arriba, en la fábrica.

GREGORIO: Entonces como buen hijastro que cumple con su deber tendré que felicitarla.

SOERBY: Muchas gracias.

RELLING: Bueno... Buena excusa para salir esta noche a emborracharme con Molvic.

SOERBY: No lo haga, Relling. No vuelva a eso. Se lo pido yo.

RELLING: Es inevitable. (A Hialmar.) Estas invitado, por supuesto.

GINA: No gracias. Mi Hialmar no anda en esas cosas.

HIALMAR: (Por lo bajo.) ¿Si te callaras un poco!

RELLING: Adiós señora... Werle. (Sale.)

GREGORIO: Por lo visto usted y el señor Relling se conocen bastante.

SOERBY: Bastante sí. Hace muchos años hubo algo entre nosotros. En esa época parecía que las cosas irían mucho más lejos.

GREGORIO: Fue una gran suerte para usted que no sucediera, ¿no?

SOERBY: Tiene razón. Pero siempre me cuidé mucho de actuar impulsivamente. A una mujer no le conviene desperdiciar sus oportunidades.

GREGORIO: ¿Y no le asusta que yo le hable a mi padre de esa vieja relación suya?

SOERBY: ¿Usted piensa que no lo he hablado yo misma?

GREGORIO: ¿Lo hizo?

SOERBY: Su padre está enterado hasta del menor detalle de cuanto se pueda decir de mí. Nunca me he valido de mentiras ni de engaños. Quizá parezca que he tenido suerte, y así es en cierta forma. Pero creo en realidad que no recibo más de lo que doy. Bueno; lo cierto es que puedo decir con seguridad que estaré a su lado siempre y que me considero capacitada para cuidarlo y atenderlo cuando no pueda valerse por sí mismo, como va a ocurrirle pronto.

HIALMAR: ¿Que no podrá valerse...?

GREGORIO: (A Soerby.) Esta bien, esta bien. Mas vale que no hable de eso aquí.

SOERBY: Es imposible ocultarlo por más tiempo, por mucho que él lo quiera. Se está quedando ciego.

HIALMAR: ¿Ciego? ¿El también?

GINA: ¿Hay tantos que lo son!

SOERBY: Y ya se imaginan lo que eso significa para un hombre de negocios. Naturalmente haré todo lo que esté a mi alcance para que pueda valerse de mis propios ojos. Bueno, siento mucho, pero ya no puedo entretenerme más. Tengo can-

tidad de cosas por hacer antes del viaje. Ah, me encargó decirles el señor Werle que si puede serles útil en algo no tienen mas que comunicarse con Graaberg.

GREGORIO: Estoy seguro de que Hialmar Ekdal no aceptara esa oferta.

SOERBY: ¿No? Bueno, yo tenia entendido que en otro tiempo...

GINA: No, Berta. Ahora Hialmar no necesita nada del director.

HIALMAR: (Lentamente.) Salude a su futuro esposo en mi nombre y dígame por favor que en estos días iré a ver al contador Graaberg...

GREGORIO: ¿Serias capaz?.

HIALMAR: ...que iré a ver al contador Graaberg, repito, para pedirle la cuenta de lo que le debo a su patrón. Quiero pagar esa... deuda de honor. (Ríe.) ¡Deuda de honor...! Bien, no hablemos más del asunto. Estoy dispuesto a devolver todo lo recibido con el cinco por ciento de interés.

GINA: ¡Hialmar...! ¿De dónde vamos a sacar...?

HIALMAR: Hagame el favor de informar a su prometido que estoy trabajando sin descansar en mi invento. Y que lo que sostiene mi ánimo en este trabajo forzado es el deseo de librarme de una deuda que me tortura. Sólo ese es el objetivo de mi invento. Todas las ganancias se emplearán en pagar las obligaciones que he contraído con él.

SOERBY: Algo ha pasado en esta casa.

HIALMAR: Si. Algo ha pasado.

SOERBY: Bueno, adiós. Me hubiera gustado que habláramos algunas cosas más Gina, pero tendrá que ser en otra oportunidad.

Gina acompaña a la senora Soerby al umbral.

HIALMAR: No pases del umbral, Gina.

Sale Soerby. Gina cierra la puerta.

HIALMAR: Muy bien. Aquí me ves, Gregorio, libre de esa deuda intolerable.

GREGORIO: O por lo menos, pronto lo estaras.

HIALMAR: ¿Estuve... bien, verdad?

GREGORIO: Como el hombre que siempre imaginé.

HIALMAR: Hay momentos en la vida en los que uno no puede andar eludiendo la exigencia de los ideales. Como sostén de la familia sé el esfuerzo que me va a costar conseguirlo. No es broma, ni mucho menos que un hombre así, sin fortuna, como yo, se proponga saldar una deuda... ¿cómo es que se dice...? Enterrada..., digámoslo así, en el polvo del olvido.

GREGORIO: Hialmar, ¿no estas contento finalmente de que haya venido?

HIALMAR: Si.

GREGORIO: ¿No te alegra de ver como todo se ha aclarado?

HIALMAR: Si, claro.

Entra Eugenia, de la calle, alegre y sofocada.

GINA: Volviste.

EUGENIA: Sí. No tenía más ganas de pasear. Y fue una suerte, porque volviendo me encontré con alguien en la puerta.

GINA: Con la senora Soerby.

EUGENIA: Si.

HIALMAR: Y espero que sea la ultima vez.

EUGENIA: (Acercandose carinosa a su padre.) Papa.

HIALMAR: Si.

EUGENIA: La senora Soerby me trajo algo.

HIALMAR: ¿Algo?

EUGENIA: Si. Para mañana.

GINA: Berta siempre te ha regalado alguna cosita para tu cumpleaños.

HIALMAR: ¿Qué es?

EUGENIA: No, no se puede ver todavia. Mama me lo tiene que traer mañana a la mañana a la cama.

HIALMAR: ¿Otra cosa mas que se me oculta?

EUGENIA: Si vas a ponerte de mal humor te lo enseno. Es una carta. (La saca.)

HIALMAR: ¿Una carta?

EUGENIA: Sí. Lo otro vendrá después, me imagino. ¡La primera carta que recibo en mi vida! Y pone: «Señorita Eugenia Ekdal» ¡Esa soy yo!

HIALMAR: Eugenia... ¿Puedo abrir esa carta?

EUGENIA: Bueno... si te pone contento, si.

HIALMAR: (Abre el sobre, saca un papel, lo lee y se muestra confundido.) ¿Pero, qué es esto?

GINA: ¿Qué dice?

EUGENIA: ¿Qué?

HIALMAR: (Vuelve a leer. Empalidece.) Es una donación, Eugenia.

EUGENIA: ¿Para mí? ¿Sí...? ¿Y qué me da?

HIALMAR: Ahi esta escrito. (Le da el papel a Eugenia, que lo lee junto a la lampara. Hialmar murmura.) Los ojos... Esos ojos, y ahora la carta.

EUGENIA: Pero me parece que es para el abuelo.

HIALMAR: (Le arrebatla la carta. Nervioso.) Gina; ¿Qué es esto?

GINA: ¡Pero si ni sé de lo qué se trata!

HIALMAR: El director Werle le comunica a Eugenia que su abuelo ya no necesitara cansarse haciendo copias, y que desde ahora podra cobrar cien coronas mensuales en la oficina.

EUGENIA: ¿Cien coronas mama, lo dice clarito...!

GINA: ¡Qué suerte para el abuelo!

HIALMAR: Cien coronas mientras viva.

GINA: Bueno, ya esta asegurado el pobre, entonces.

HIALMAR: Hay más. No leíste lo que sigue, Eugenia. (A Gina.) Después la donación será transferida a ella.

EUGENIA: ¿A mi? ¿Todo ese dinero?

HIALMAR: Dice que podras disfrutarlo mientras vivas. ¿Se entiende, Gina?

GINA: Si. Lo oigo.

EUGENIA: ¿Imaginense, toda esa plata para mi! ¿Papa, no estas contento?

HIALMAR: (Rechazandola.) ¿Contento? (Se pasea excitado.) ¿Con el panorama que estoy empezando a...? ¿Asi que es a la propia Eugenia a quien dota de esta manera?

GINA: Por el cumpleaños...

EUGENIA:: Papa, yo no necesito... Todo sera para ustedes. Para mama, y...

HIALMAR: Para mama, si. Muy oportuno.

GREGORIO: Hialmar, esta es una trampa que te prepara.

HIALMAR: ¿Otra?

GREGORIO: Cuando estuvo esta manana me dijo textualmente «Hialmar Ekdal no es el hombre que estas imaginando»

HIALMAR: Qué yo no soy...

GREGORIO: «Lo vas a comprobar enseguida», me dijo.

HIALMAR: Y lo que ibas a comprobar es que me desarmaba con dinero.

EUGENIA: ¿Pero mamá, qué pasa?

GINA: Será mejor que vayas a dejar el abrigo en tu habitación.

Eugenia sale a punto de llorar.

GREGORIO: Hialmar: éste es el momento de demostrar quién tenía razón.

HIALMAR: (Rompe lentamente el papel en dos pedazos y los deja sobre la mesa.) Esta es mi respuesta.

GREGORIO: Es lo que esperaba.

HIALMAR: (A Gina. Oscuro.) Y ahora basta de mentiras. Si las relaciones entre ustedes habian acabado cuando... empezaste a quererme, como decías, ¿por qué nos dio los medios para casarnos?

GINA: Supongo que creyó que así podría seguir viniendo a casa.

HIALMAR: ¿Nada mas? ¿No tendría otro motivo?

GINA: No entiendo.

HIALMAR: Quiero saber si tu hija tiene el derecho de vivir en mi casa.

GINA: (Indignada.) ¿Hialmar!

HIALMAR: ¿Si o no?! ¿Eugenia es hija mia, o...? ¿Pronto!

GINA: (Desafiante.) No lo sé.

HIALMAR: ¿Cómo?

GINA: ¡Qué puede saber una mujer ignorante como yo...!

HIALMAR: Entonces ya no tengo nada que hacer en esta casa.

GREGORIO: Hialmar... Es importante reflexionar muy bien lo que se hace.

HIALMAR: Para un hombre como yo, aquí no hay nada que reflexionar.

GREGORIO: Al contrario. Hay mucho que reflexionar. Para llegar al supremo sacrificio, el que lleva a la auténtica purificación, es necesario que sigan viviendo los tres juntos.

HIALMAR: ¿Nunca! ¿Mi sombrero! (Lo toma.) Se ha derrumbado mi hogar. (Estalla en llanto.) ¿Gregorio, ya no tengo hija!

EUGENIA: (Que llega desde la cocina.) ¿Qué estás diciendo? (Corre hacia él.) ¡Papá, papá!

GINA: (A Hialmar.) ¿Lo unico que faltaba!

HIALMAR: ¡No te me acerques! ¡Fuera! ¡No puedo verte! ¡Ah, esos ojos...! Adiós. (Va hacia la puerta.)

EUGENIA: (Se le cuelga.) ¿No, no, papá! ¿No me hagas eso!

HIALMAR: ¿No puedo! ¿No quiero! ¿Tengo que irme lejos de todo esto! (Se desprende violentamente de Eugenia y sale hacia la calle.)

EUGENIA: ¿Nos deja mamá! ¿Se va para siempre!

GINA: No llores hija. Va a volver. No llores.

EUGENIA: No, no; no volvera nunca mas.

GREGORIO: Créame señora Ekdal; lo hice con la mejor intención.

GINA: Tal vez. Pero que Dios lo perdone, de todas maneras.

EUGENIA: (En el sofá.) ¡Me voy a morir! ¿Qué le hice yo? ¿Qué vuelva, mamá!

GINA: Si, si, pero no llores mas. Voy a buscarlo. (Se pone el abrigo.) Debe estar abajo, en casa de Relling. Pero no llores mas, ¿si, Eugenia? ¿Prometido?

EUGENIA: (Deshecha en llanto.) No... no voy a llorar mas. Con tal de que vuelva no lloro mas.

GREGORIO: (A Gina.) ¿No sería mejor dejarlo sólo con su batalla interior?

GINA: Eso lo resolverá después. Ahora lo importante es tranquilizar a la criatura. (Sale.)

EUGENIA: Ahora dígame qué es lo que pasa. ¿Por qué papá no me quiere más?

GREGORIO: Mejor no preguntar eso hasta que seas mayor, Eugenia.

EUGENIA: ¿Pero no puedo seguir así hasta que sea grande...! Yo sé lo que pasa. Me lo imagino. ¿Es que no soy hija de papá, no?

GREGORIO: (Inquieto.) ¿Y cómo sería posible...?

EUGENIA: A lo mejor mamá me encontró en alguna parte y papá no sabía. En los libros leí una vez una cosa así.

GREGORIO: Sin embargo, aunque fuese así...

EUGENIA: Igual podría quererme. ¡Sí, más que antes todavía! El pato salvaje también nos lo dieron de regalo y yo igual lo quiero muchísimo.

GREGORIO: (Tratando de cambiar de tema.) Ahí está: el pato salvaje... Vamos a hablar del pato salvaje, Eugenia.

EUGENIA: Pobre pato. Ya ni a él lo quiere ver más. Le quería retorcer el pescuezo.

GREGORIO: No lo hara, Eugenia.

EUGENIA: No, pero lo dijo. Y eso no esta bien. Porque yo rezo todas las noches por el pato, para que Dios lo proteja de la muerte y de cualquier dano.

GREGORIO: ¿Y eso te dijo? ¿Que le retorceria el pescuezo al pobre pato?

EUGENIA: Dijo que era lo que debía hacer. Pero después lo perdonó por mí. ¿En eso sí fue bueno, no?

GREGORIO: Eugenia... ¿Y si por tu voluntad... Por tu propia voluntad... Por amor a papa, sacrificaras el pato?

EUGENIA: ¿El pato salvaje?

GREGORIO: Si le ofrecieras aquello que te es mas precioso en el mundo, como un... como un supremo sacrificio... Una ofrenda para que vuelva.

EUGENIA: ¿Y usted cree que serviria de algo?

GREGORIO: Yo haria la prueba.

Un tiempo. Se miran.

EUGENIA: Sí. Probaré.

GREGORIO: ¿Tendras el valor que hace falta?

EUGENIA: Le puedo pedir al abuelo que lo haga.

GREGORIO: Muy bien. Pero ni una palabra sobre esto a tu madre.

EUGENIA: ¿Por qué no?

GREGORIO: Bueno... Ella no nos comprende.

EUGENIA: El pato salvaje, si... Manana a la manana... (Entra Gina.) ??Lo encontraste?!

GINA: No. Salió con Relling.

GREGORIO: ¿Seguro?

GINA: Me lo dijo la portera. Molvic iba con ellos.

GREGORIO: ¿Justo cuando su alma necesitaba tanto la soledad!

GINA: Los hombres son tan raros. Tan ra-

ros... Miré en el café de la señora Eriksen, pero no estaban.

EUGENIA: ¿Mama, ¿y si no vuelve?!

GREGORIO: Volvera. Yo lo buscaré mañana. Vas a ver como vuelve, Eugenia. Ahora a dormir. Buenas noches.

Sale Gregorio.

EUGENIA: (Salta llorando al cuello de su madre.) ¿Mama, mama!

ACTO V

Estudio de Hialmar. Por las vidrieras inclinadas y cubiertas de nieve penetra una fria luz matinal.

En escena Gina, barriendo, y Eugenia.

El viejo Ekdal se asoma a la puerta de su habitación.

EKDAL: Hialmar, queria decirte... ¿No esta Hialmar...?

GINA: Salió.

EKDAL: ¿Tan temprano? ¿Y con esta nevada? Bueno, bueno... daré el paseo solo, entonces. (Se dirige al desván al que entra ayudado por Eugenia, quien cierra la puerta tras él.)

EUGENIA: (En voz baja.) Mamá... ¿Qué va a hacer el abuelo cuando se entere que papá nos va a dejar?

GINA: No, Eugenia. El abuelo no tiene que saber nada. Fue una bendición del cielo que no estuviera aquí durante el disgusto de ayer.

EUGENIA: Si, pero...

Entra Gregorio desde la puerta de la escalera.

GREGORIO: ¿Alguna novedad?

GINA: Dicen que esta abajo en casa de Relling.

GREGORIO: ¿Pero es posible que haya salido con esos individuos...!

GINA: Si.

GREGORIO: Ahora, precisamente que necesitaba tanto de la soledad.

GINA: Ya ve.

Entra Relling.

EUGENIA: ¿Papa esta en su casa...?

GINA: (Al mismo tiempo.) ¿Esta allí?

RELLING: Si, claro, ¿dónde va a estar?

EUGENIA: ¡Y no nos avisó!

RELLING: Es verdad. Soy un animal. Lo que pasa es que primero tuve que ocuparme del otro animal; del demoníaco. Y después me dormí como un tronco.

GINA: ¿Y él... qué dice?

RELLING: No dice nada en absoluto.

EUGENIA: ¿No habla?

RELLING: Ni una palabra.

GREGORIO: Lo comprendo bien.

GINA: ¿Y qué hace, entonces?

RELLING: Tirado sobre el sofa. Ronca.

GINA: ¿Si? ¿Y cuando mi Hialmar ronca...!

EUGENIA: ¿Duerme? ¿Puede dormir?

RELLING: Por lo visto.

GREGORIO: Es comprensible. Después de la lucha interior que ha sostenido.

GINA: Además de que no esta acostumbrado a callejear por ahí de noche.

EUGENIA: A lo mejor es bueno que duerma un poco, mama.

GINA: Puede ser. Seria mejor no despertarlo demasiado temprano. Gracias Relling. Ahora voy a arreglar un poquito la casa, y después... Podrías ayudarme, Eugenia.

Entran las dos en el salón.

GREGORIO: (A Relling.) ¿Y cómo me explicaría usted este tumulto que está viviendo el alma de Hialmar?

RELLING: ¿Que me caiga muerto aquí mismo si le he visto algun «tumulto del alma»!

GREGORIO: ¡Qué dice! ¡Con semejante cri-

sis, cuando toda su vida va a reconstruirse sobre una base nueva. Cómo puede decir que un carácter como el de Hialmar...

RELLING: ¿Carácter, él? No me haga reír. Si es que alguna vez -de chico- tuvo predisposición para esas anormalidades morbosas que usted llama carácter, le puedo asegurar que le fueron extirpadas de raíz

GREGORIO: No recibió otra cosa en su infancia que educación y afecto.

RELLING: ¿Usted se refiere a las dos solteronas histéricas de sus tías?

GREGORIO: ¿Le informo, para su dominio, que eran mujeres que jamas soslayaron el cumplimiento de sus deberes! Por supuesto... A usted estas cosas le causan gracia.

RELLING: No. Ni siquiera estoy de humor para eso. Conozco bien a esas damas. Hialmar ha vomitado abundante retórica sobre sus dos madres espirituales. La verdad, no creo que tenga gran cosa que agradecerles. La desgracia de Hialmar es la de haber pasado siempre por talentoso entre los que lo rodeaban.

GREGORIO: ¿Y no lo es? ¿En el fondo de su alma, por lo menos?

RELLING: Ni allí. Nunca le he notado nada que pueda ser llamado así. No me sorprende que su padre lo creyera un prodigio, porque el teniente, al fin y al cabo, ha sido un idiota toda su vida.

GREGORIO: Lo que ha sido Hialmar es un hombre con corazón de niño. Y eso es algo que usted no puede entender.

RELLING: ¡Bueno, bueno...! Mire Werle: cuando nuestro pequeño Hialmar fue estudiante también terminó convenciendo a sus compañeros de que él era el auténtico genio del futuro. Como era amable, buen mozo, blanquito y sonrosado... el ideal de las muchachitas; sentimental, con ese timbre seductor en la voz... ¡Y con ese talento para recitar los versos, y las ideas, de los demás!

GREGORIO: (Indignado.) ¿Y usted se permite hablar así de Hialmar Ekdal?

RELLING: Bueno, si... con su permiso. Así es por adentro el idolo ese ante el cual usted se arrodilla.

GREGORIO: No creo haber estado ciego hasta ese punto.

RELLING: Sin embargo no me extranaría. Usted también es un enfermo como él.

GREGORIO: En eso tiene razón.

RELLING: ¡Y cuánta! Pero el suyo es un caso complicado. Primero esa molesta fiebre de rectitud extremista y después, lo que es peor, esos delirios de adoración que lo hacen admirar aturdido cualquier cosa de las tantas que usted no tiene.

GREGORIO: Es verdad. Siempre he necesitado buscar fuera de mí.

RELLING: Es que usted sufre unas alucinaciones espantosas, Gregorio, con esas fantásticas moscas gigantes que cree ver alrededor. Entró de nuevo, como en Hoidal, a la casa de una pobre gente a reclamar que se pague «la exigencia de los ideales». Pero en esta casa, Werle, no hay nadie solvente.

GREGORIO: ¿Y cómo es que con esa opinión sobre Hialmar igual le guste estar en su compañía?

RELLING: Bueno, sea como sea, al fin y al cabo soy médico. ¿Quién se ocuparía sino de los enfermos de su propia casa?

GREGORIO: ¿Aja...! ¿Así que Hialmar Ekdal es un enfermo?

RELLING: Uno más. En realidad todo hombre es un enfermo.

GREGORIO: ¿Y qué tratamiento le aplica?, si se puede saber.

RELLING: El de costumbre. Trato de mantenerle viva la mentira salvadora.

GREGORIO: ¿Mentira... salvadora? ¿Escuché bien?

RELLING: Sí. Mentira salvadora. Algunas almas más cursis la llaman ilusión.

GREGORIO: ¿Y puede decirme que clase de mentiras quiere inocularle a Hialmar?

RELLING: ¡Jamás! Nunca revelo secretos profesionales a curanderos. Sería capaz de arruinar a mi paciente más de lo que está. Pero el método es infalible. Se lo apliqué a Molvic también, y gracias a mí

hoy es un auténtico «demoníaco». Unas inhalaciones de fe que le he recetado y que le han hecho extraordinariamente bien.

GREGORIO: Entonces, ¿no es realmente un «demoníaco»?

RELLING: ¿Y qué quiere decir eso de «demoníaco»? Una ocurrencia cualquiera. Una estupidez que inventé para salvarle la vida. Si no lo hubiera hecho, ese pobre cerdo bonachón se hubiera dejado destruir por su complejo de inferioridad hace ya mucho tiempo. ¡Y ni hablar del teniente! ¡Aunque ese encontró el remedio solo!

GREGORIO: ¿Ekdal? ¿Cómo?

RELLING: ¡Qué me cuenta del viejo terror de los osos que se dedica ahora a cazar conejos en un desván...! No hay en el mundo un tirador más feliz que el pobre hombre merodeando ahí adentro entre todos esos cachivaches viejos. Los cuatro árboles de navidad apolillados que conserva como oro, son para él el frondoso bosque de Hoidal en primavera. El gallo, y cinco gallinas viejas son las grandes aves, posadas en la copa de los pinos. Y los conejos que le cagan sin parar el piso de la buhardilla son los osos que el indómito cazador de las montañas aniquila sin piedad.

GREGORIO: Pobre viejo. El si que tuvo que abandonar el ideal de juventud.

RELLING: Oiga, Werle... No use esa espantosa palabra extranjera de «ideal». Aquí usamos otra más apropiada: «mentira».

GREGORIO: ¿Y usted cree que significan lo mismo?

RELLING: Son tan distintas como tifus y fiebre tifoidea.

GREGORIO: ¡Doctor Relling, no pararé hasta haber salvado de sus garras a Hialmar!.

RELLING: Peor para él. Si le quita la mentira salvadora a un hombre vulgar, sus quimeras, le estirpa también la felicidad. (Vuelve Eugenia.) Y bien, mi querida madre de patos salvajes, voy a bajar a mi cuarto a ver si tu padre está todavía despatarrado en mi cama meditando sobre su maravilloso invento. (Sale por la puerta de la escalera.)

GREGORIO: (A Eugenia.) Veo por esa cara que todavia no lo has hecho.

EUGENIA: ¿Qué? ¿Lo del pato...? No. Anoche cuando conversábamos me parecía una idea extraordinaria, pero hoy al despertarme ya no me parecía tan buena.

GREGORIO: Tiene su precio haberse criado en esta casa. Algunas cualidades tuyas tenían forzosamente que malograrse.

EUGENIA: No me importa. Lo unico que quiero es que mi papa vuelva.

GREGORIO: Bueno... Si tuvieras verdadero espiritu de sacrificio, decidido y alegre, ya verías como regresaba él a casa. En fin... No pierdo la fe, Eugenia. (Sale por la puerta de la escalera.)

Eugenia se pasea inquieta. Se dirige hacia la cocina. Lllaman a la puerta del desvan. Eugenia abre a medias. Sale Ekdal.

EKDAL: Humm... No es nada divertido dar el paseito de la manana solo.

EUGENIA: ¿No te gustaria salir de caza, abuelo?

EKDAL: No hace buen tiempo hoy. Muy nublado.

EUGENIA: Y... ¿no te gustaria cazar algo mas que conejos?

EKDAL: ¿Te parecen poca cosa los conejos?

EUGENIA: Un pato salvaje...

EKDAL: Aja... Aja... ¿Te ha dado miedo que mate a tu pato...? No lo haria por nada en el mundo.

EUGENIA: Bueno, supongo que no te seria nada facil; dicen que es muy dificil matar a un pato salvaje.

EKDAL: ??Dificil para mí?!

EUGENIA: ¿Y cómo harías? Bueno, no con mi pato, con un pato cualquiera.

EKDAL: Una perdigonada en la pechuga. Lo mas directo. Y siempre a contrapelo; nunca en el sentido de las plumas.

EUGENIA: ¿Y se mueren?

EKDAL: ¿Por Dios, claro que se mueren si

se les acierta! Bueno, voy a vestirme. (Entra a su cuarto.)

Eugenia se acerca a la estantería. Toma el pistolón de dos caños y lo examina. Entra Gina con la escoba. Eugenia deja el arma sin que su madre lo note.

GINA: No revuelvas las cosas de papa, Eugenia.

EUGENIA: Estaba quitandoles un poco el polvo.

GINA: Más vale que vayas a la cocina a ver el café. Quiero llevarle la bandeja cuando baje a verlo.

Sale Eugenia. Gina barre. Se abre la puerta con timidez y asoma Hialmar con el abrigo puesto, pero sin sombrero. El cabello desgrenado y la mirada somnolienta.

GINA: ¿Hialmar...! De vuelta...

HALMAR: Sólo... solo un minuto. Vuelvo para irme enseguida.

GINA: Sí... Claro... ¡Pero cómo estás, Dios mío...!

HALMAR: ¿Cómo?

HALMAR: Cómo te has puesto el abrigo nuevo... Arruinado.

EUGENIA: (Asomandose.) ¿Mama, no seria mejor...? (Ve a Hialmar.) ¿Papa, papa...!

HALMAR: (Volviéndose y rechazándola con un gesto.) ¡Fuera, fuera! (A Gina.) ¡Que se vaya de aquí, Gina, vamos!

GINA: Eugenia. Es mejor que esperes en el salón.

Eugenia se va silenciosamente.

HALMAR: (Saca nervioso el cajón de la mesa.) Tengo que llevarme mis libros. ¿Donde están mis libros?

GINA: ¿Qué libros, Hialmar?

HALMAR: Los libros científicos, por supuesto. Y las revistas técnicas que uso para el invento.

GINA: (Busca en la biblioteca.) ¿Estas que estan sin encuadernar?

HIALMAR: Si.

GINA: ¿Le digo a Eugenia que te corte las paginas?

HIALMAR: No. ¿No necesito que nadie corte las paginas!

GINA: Entonces... ¿Estas decidido a abandonarnos, Hialmar?

HIALMAR: ¿Hay alguna duda?

GINA: Bueno, bueno...

HIALMAR: ¿Cómo puedo seguir viviendo en esta casa donde me clavan un puñal en el corazón a cada hora?

GINA: Dios te perdone por pensar de mi esas cosas tan injustas.

HIALMAR: ¿Pruebas! ¿A ver... Pruebas! ¿Me gustaria que pudieras probar algo!

GINA: No soy yo la que tiene que probar nada.

HIALMAR: ¿Con un pasado como el tuyo? Hay ciertas exigencias, que yo llamaria las exigencias de los ideales...

GINA: ¿Y el abuelo? ¿Qué va a ser del pobre viejo?

HIALMAR: Conozco muy bien mis deberes. Se vendrá conmigo. Ahora mismo me voy a hacer los trámites necesarios, y... (Dudando.) ¿No encontró nadie mi sombrero en la escalera?

GINA: ¿Lo perdiste?

HIALMAR: Estoy seguro de que anoche al volver lo traia puesto; pero hoy no lo encuentro por ninguna parte.

GINA: ¡Válgame Dios! ¿Adónde te habrán arrastrado ese par de calaveras?

HIALMAR: ¿No me vengas ahora con pavadas! ¿Como si tuviera humor para recordar detalles!

GINA: Menos mal que no tomaste frio. (Pasa a la cocina.)

HIALMAR: (Vaciando el cajón. Para sí.) ¡Relling, miserable...! ¡Instigador sinvergüenza! ¡Maldita sea la...! (Encuentra el papel que rompiera la vispera. Se queda

mirando los dos pedazos. Los suelta rápidamente al entrar Gina.)

GINA: (Coloca una bandeja sobre la mesa.) Un poquito de café. Y unas tostadas, por si quisieras... Y un poco de arenque ahumado.

HIALMAR: (Mira de reojo.) ¿Arenque...? ¡Bajo este techo, nunca más! No probé un solo bocado desde hace casi veinticuatro horas, pero no importa. ¡Mis apuntes! ¡El comienzo de mi autobiografía! A ver ¿Dónde está mi diario íntimo, y todos mis documentos importantes? (Abre la puerta del salón. Es evidente que vuelve a encontrar a Eugenia. Retrocede.) ¡¿Aquí también me la encuentro?!

GINA: ¿Por Dios! ¿En alguna parte tiene que estar la criatura!

HIALMAR: ¡Fuera! ¡Qué salga de ahí! (Se aparta para dejar pasar a Eugenia que vuelve atemorizada al estudio. A Gina.) Preferiría que durante los últimos momentos que paso en mi antiguo hogar se me evitara la presencia de intrusos. (Pasa al salón.)

EUGENIA: (A Gina. En voz baja y temblorosa.) ¿Habla... de mí?

GINA: Vamos Eugenia... será mejor que te quedes en la cocina. (Hacia el salón.) ¡Hialmar, no revuelvas los cajones de esa manera!. Yo sé donde están guardadas las cosas. (Entra al salón también ella)

EUGENIA: (Permanece un tiempo inmóvil. Conteniendo el llanto.) ¡El pato salvaje! (Se acerca a la estantería y toma el arma. Entreabre la puerta del altillo, entra y cierra.

HIALMAR: (Entra seguido por Gina. Pone sobre la mesa unos papeles y cuadernos deshojados.) ¿Qué voy a hacer con esa valijita...? Con todo lo que tengo para llevar.

GINA: Podrias dejar esto aca por ahora y llevarte una camisa y unos calzoncillos de frisa.

HIALMAR: ¿Todos estos preparativos agotadores! (Se quita el abrigo y lo deja sobre el sofa.)

GINA: Se te va a enfriar el café.

HIALMAR: Si. (Toma maquinalmente un trago y otro.)

GINA: Lo difícil va a ser encontrar otra buhardilla así de grande como para los conejos.

HIALMAR: ¿Qué...? ¿Voy a tener que llevarme también los conejos...?

GINA: El abuelo no podría vivir un día sin sus conejos.

HIALMAR: Tendrá que acostumbrarse. Yo voy a hacer sacrificios más grandes que esos conejos.

GINA: ¿Te guardo la armónica en la valija?

HIALMAR: ¡Como para armónica estoy yo! ¡La escopeta quiero! ¡Cargada!

GINA: (Buscándola.) No está. La debe haber agarrado el abuelo.

HIALMAR: Estará en el desván.

GINA: Sí. Seguramente.

HIALMAR: Mi pobre viejo... Tan sólo y... (Toma una tostada, la come, y termina su taza de café.)

GINA: Si no habrías alquilado el cuarto...

HIALMAR: (Corrige mecánicamente.) Hubieses.

GINA: Hubieses... Si no hubieses alquilado el cuarto te podrías haber mudado ahí.

HIALMAR: ¿Yo? ¿En la misma casa que...? ¿Jamás!

GINA: Podrías instalarte en el salón un par de días. Estarías completamente sólo, con tus cosas.

HIALMAR: Nunca entre estas paredes.

GINA: ¿Y abajo, con Relling...?

HIALMAR: ¿No me nombres a esa gentuza, te lo pido!. Me da náuseas de sólo pensarlo. No; está visto que no hay más remedio que salir en medio de la nieve y el viento a buscar de casa en casa un refugio para mi padre y para mí.

GINA: ¿Pero sin sombrero, Hialmar...? Lo perdiste.

HIALMAR: ¿Esos dos esclavos del vicio! Necesito un sombrero como sea. (Come otro bocadillo.) De alguna manera voy a tener que conseguirlo. No estoy dispuesto a andar arriesgando la salud tampoco. (Busca algo en la bandeja.)

GINA: ¿Qué estás buscando?

HIALMAR: Manteca.

GINA: Ahora mismo te la traigo. (Sale hacia la cocina.)

HIALMAR: ¿No hace falta! Me arreglo con un pedazo de pan seco.

GINA: (Trae la manteca.) Aquí está. Recién batida. Fresquita. (Vuelve a llenarle la taza de café. Él se sienta en el sofá, unta manteca en el pan. Come y bebe en silencio.)

HIALMAR: ¿Te... Te parece que podría vivir un par de días en el salón sin que nadie me molestara, nadie en absoluto?

GINA: Por supuesto que sí.

HIALMAR: Porque, la verdad, no veo cómo voy a poder sacar todas esas cosas de papa en tan poco tiempo.

GINA: Y además, primero tendrías que decirle que no vas a vivir más con nosotros.

HIALMAR: Sí, claro, sí. No tendré más remedio que revelarle toda esta historia sórdida. Tengo que ver cómo... Necesito unas horas de respiro. Pensar un poco. No puedo cargar con todo esto en un solo día.

GINA: No... Y menos con este tiempo horrible...

HIALMAR: (Repara en el papel del director Werle.) Veo que ese papel anda por aquí, todavía.

GINA: Sí. Yo no le he tocado.

HIALMAR: Por lo que me importa.

GINA: Sí, claro... Yo tampoco pienso utilizarlo.

HIALMAR: De todos modos esto no es razón para dejar que se pierda. Entre tanto papelerío podría pasar que...

GINA: Yo lo guardo, Hialmar.

HIALMAR: La donación es para papá, y a él le corresponde aceptarla o rechazarla.

GINA: (Suspira.) ¿Pobre abuelo!

HIALMAR: Para mayor seguridad... ¿No habra por ahí un poco de engrudo?

GINA: (En el estante.) Aquí esta el frasco.

HIALMAR: ¿Pincelito, habra?

GINA: Y el pincel. (Le trae ambas cosas.)

HIALMAR: (Toma la tijera.) Con una tira de papel pegada atras... (Corta la tira y la pega uniendo los dos pedazos.) Si hay algo que no va con mis principios morales es apropiarme de lo que no me pertenece. Menos tratandose de un viejo sin medios. En fin, ni de un viejo ni de nadie, ¿no...? Ya está. Hay que dejarlo secar. Cuando esté seco lo sacan de mi vista ¡No quiero volver a verlo jamás!

GREGORIO: (Entra por la puerta de la escalera.) ¿Hialmar, estabas aquí?!

HIALMAR: (Se levanta disimulando.) Estaba muerto de cansancio.

GREGORIO: Veo que ya te desayunaste.

HIALMAR: El cuerpo también tiene sus exigencias.

GREGORIO: ¿Decidiste algo?

HIALMAR: Para un hombre como yo hay un solo camino posible. Estoy recogiendo mis cosas. Pero... lleva su tiempo, ¿no?.

GINA: (Algo impaciente.) ¿Entonces, preparo la habitación o la valija?

HIALMAR: (Enojado. Mirando de reojo a Gregorio.) ¡La valija, por supuesto...! ¡Y la habitación!

GINA: (Toma la valija.) Te pongo la camisa... Y los calzoncillos. (Sale hacia el salón.)

GREGORIO: (Tras un silencio.) Nunca hubiera pensado que esto terminaría así. ¿Te parece verdaderamente necesario abandonar el hogar?

HIALMAR: ¿Y qué voy a hacer? No nací para ser desgraciado, Gregorio. Necesito tranquilidad alrededor mío.

GREGORIO: ¿Y por qué no aquí? ¿No valdría la pena intentarlo? Ahora estás pisando terreno firme, Hialmar. Ahora sí se puede construir. Está tu invento, además, que es un ideal que le da sentido a la vida de un hombre.

HIALMAR: No me hables de ese invento. Vaya a saber si alguna vez estara terminado.

GREGORIO: ¿Por qué?!

HIALMAR: ¿Qué puedo inventar yo?. Ya hay otros que inventaron casi todo. Cada vez se hace más difícil encontrar algo que no esté inventado.

GREGORIO: ¿Y todo el esfuerzo que has puesto en esto?.

HIALMAR: Culpa de ese libertino de Relling que me insistió, y me insistió...

GREGORIO: ¿Relling?

HIALMAR: El me dio el empujón. Me convenció de que tenía talento como para descubrir algo en el arte de la fotografía.

GREGORIO: Así que fue él...

HIALMAR: ¿Y lo feliz que me hizo, meterme en todo eso...! No tanto por el invento en si... Por Eugenia, que estaba tan entusiasmada, que confiaba en el invento con esa fe ingenua que tiene los chicos. Bah... por lo menos así me lo hacia creer. Tonto de mí.

GREGORIO: ¿Podrias creer que fue falsa?

HIALMAR: ¿Qué importa lo que crea o no?. Lo cierto es que se me cruza en el camino. Va a ensombrecer mi existencia siempre.

GREGORIO: ¿Eugenia? ¿Es posible que pienses así?

HIALMAR: ¡Con el cariño que he sentido por esa criatura!. ¡Qué felicidad volver cada vez a esta casa humilde y verla correr hacia mí con sus hermosos ojos enfermos! ¡Cuánto amor!. Y me hacía la ilusión que ella me correspondía.

GREGORIO: ¿Hialmar, por qué ilusión?!

HIALMAR: ¿Y cómo se puede saber la verdad? Es una duda horrible. Pensar que quizá Eugenia jamás sintió por mí un cariño verdadero.

GREGORIO: (Escucha algo.) Tal vez haya una manera de probártelo. ¿Qué es eso? ¿No es ese el graznido del pato salvaje?

HIALMAR: (Escucha.) Debe estar papa en el desvan.

GREGORIO: (Se ilumina.) ¿En el desvan...? Creo que vas a tener una prueba del cariño de la pobre Eugenia.

HIALMAR: ¿Qué prueba me puede dar? ¿Por que tendría que creerle?

GREGORIO: Eugenia no conoce la falsedad, Hialmar.

HIALMAR: Eso es lo que no sé. Vaya a saber lo que Gina y esa señora Soerby han andado cuchicheando por aquí tantas veces. Y Eugenia que anda siempre con los oídos alerta. No sé si lo del donativo no es simplemente el comienzo. La señora Soerby siempre tuvo debilidad por Eugenia. Ahora tiene la posibilidad de hacer lo que se le ocurra con ella. En el momento que quieran, me la quitan.

GREGORIO: Eugenia no te abandonara nunca.

HIALMAR: Yo no estaría tan seguro. Si la llaman con las manos llenas... Ahora veo claro que este oscuro fotógrafo de buhardilla nunca significó nada para ella. Que todo fue ni más ni menos que una artimaña para llevarse lo mejor posible con él hasta el momento oportuno.

GREGORIO: Es una locura lo que estas diciendo, Hialmar. Nadie podría creer algo así.

HIALMAR: Eso es justamente lo terrible. Que no sé lo que tengo que creer. Que no lo sabré nunca. Mi buen Gregorio: estás confiando demasiado en la exigencia de los ideales. Si vinieran los otros, los de las manos llenas, y le dijeran «Vamos Eugenia, aquí te espera la buena vida...»

GREGORIO: ¿Y entonces?

HIALMAR: Y yo le dijera: «¿Estas dispuesta a renunciar a esa vida por mí?» Ya verías lo que me contestaba.

Suena un disparo en el altillo.

GREGORIO: (Jubiloso.) ¿Hialmar!

HIALMAR: ¡Bueno. Ya salió de caza otra vez...!

GINA: (Apareciendo.) Hialmar... Sería mejor que veas al abuelo. Esta cazando solo.

HIALMAR: Voy a verlo.

GREGORIO: (Emocionado.) Hialmar, no podrias imaginar lo que esta pasando.

HIALMAR: ¿Qué...?

GREGORIO: La prueba.

HIALMAR: ¿Cual prueba?

GREGORIO: El sacrificio infantil de su tesoro máspreciado. Eugenia convenció a tu padre para que mate al pato salvaje.

HIALMAR: ¿Al pato...?

GINA: ¡¿Dios mío, y por qué...?!

GREGORIO: Decidió sacrificarte lo más valioso que tenía en este mundo porque piensa que de esta manera volveras a quererla.

HIALMAR: (Conmovido.) Esta criatura...

GINA: Las cosas que se le ocurren.

GREGORIO: Quería reconquistar tu cariño, eso es todo. Se le hacía imposible vivir sin él.

GINA: (Conteniendo el llanto.) Yo lo ves, Hialmar.

HIALMAR: ¡Gina, ¿dónde está?!

GINA: Pobre, seguramente esta sentadita en la cocina.

HIALMAR: (Abre la puerta de la cocina.) ¿Eugenia, hijita de mi amor...! (Mira.) No, aquí no esta.

GINA: Estara en su cuarto...

HIALMAR: (Desde adentro.) No, tampoco. (Regresa.) Debe haber salido.

GINA: Seguramente. Como no la querias en ninguna parte.

HIALMAR: ¿Dios mío, si volviera pronto para poder decirle... Para poder... ¿Gregorio, creo que ahora si puedo empezar una nueva vida!

GREGORIO: Lo sabía. Por la niña debía iniciarse la redención.

El viejo Ekdal se asoma a la puerta de su cuarto, vestido de uniforme, muy ocupado en cenirse el sable.

HIALMAR: (Estupefacto) Papa...

EKDAL: (Fastidiado.) ¿Desde cuando vas de caza sin mí?

HIALMAR: ¿No estabas en el desván?

EKDAL: No.

HIALMAR: Y ese disparo entonces...

GREGORIO: ¿Hialmar, ella misma ha matado al pato!

HIALMAR: ¡¿Qué ha pasado aquí...?! (Abre de par en par la puerta del altillo. Llama.) ¡Eugenia! (Entra en el desván.)

GINA: ¡Jesús, ¿qué pasó?!

HIALMAR: ¿Esta tirada en el suelo!

GREGORIO: Tirada...

GINA: (Simultáneamente.) ¡Eugenia! (Entra también en el altillo.) ¡No, no, no!

EKDAL: ¿Así que también la criaturita se dedica a cazar?

Hialmar, Gina y Gregorio traen a Eugenia. En su mano crispada trae el arma.

HIALMAR: (Trastornado.) ¡Se disparó...! ¡El arma se disparó...! ¡Se hirió sin querer! ¡Pidan auxilio! ¡Auxilio!

Entre Hialmar y Gregorio acomodan a Eugenia en el sofá.

GINA: (Por la puerta del pasillo.) ¿Relling! ¿Doctor Relling! ¿Venga rápido por favor!

EKDAL: (Por lo bajo.) Yo lo decía yo. El bosque se venga.

HIALMAR: ¿Ahora va a reaccionar! ¿Ya esta recobrando el conocimiento! ¿Sí, sí...!

GINA: ¿Donde esta herida? No veo...

RELLING: (Entra seguido de Molvic.) ¿Qué pasa?

GINA: Dicen que Eugenia se pegó un tiro.

HIALMAR: (Le indica que se acerque) ¿Relling, por favor...!

RELLING: ¿Un tiro? (Revisa a Eugenia.)

HIALMAR: ¿No es nada grave, no...? Relling... Sangra apenas... ¿No es nada, no?

RELLING: ¿Cómo fue?

HIALMAR: ¿No sabemos!

GINA: Quiso matar al pato salvaje.

HIALMAR: Se le debe haber escapado el tiro.

EKDAL: El bosque se venga... Pero no tengo miedo. (Se mete en el desván y cierra tras de sí.)

HIALMAR: ¡Relling...! ¡¿Qué pasa...?!

RELLING: El disparo penetró en el pecho.

HIALMAR: ¿Sí, pero esta reaccionando, no?

RELLING: Ya murió, Hialmar.

GINA: (Deshecha en llanto.) ¿Hija de mi alma!

GREGORIO: (Oscuro.) En lo profundo de los mares...

HIALMAR: ¿No señor, no señor! ¿Tiene que vivir! ¿Por el amor de Dios, Relling...! ¿Aunque sea un momento! ¡Para que pueda decirle que no la dejé de querer...!

RELLING: La bala le atravesó el corazón. Hemorragia interna. Murió instantáneamente.

HIALMAR: ¡Yo, yo...! ¡Yo la rechacé como a un perro! ¡Se mató por mí! ¡Y ya no lo podré reparar! ¡Ya no le podré decir...! (Los puños al cielo.) ¿Por qué me hiciste esto, Dios...? Si es verdad que estás ahí arriba, ¿por qué me hiciste esto? ¡Por qué!

GINA: Por lo que mas quieras, no cometas ese pecado, Hialmar. Será que no teníamos derecho a conservarla.

MOLVIC: La nina no ha muerto... Esta solo dormida en el sueno eterno...

RELLING: ¡Imbécil!

HIALMAR: (Observa a Eugenia como quien no entiende.) Qué tranquila se la ve.

GINA: Habria que llevarla a su cuarto.

HIALMAR: (Mientras la llevan.) ?Gina, Gina...! ?Vas a poder soportarlo...?

GINA: Tendremos que ayudarnos entre los dos, Hialmar. Porque ahora si que es hija de los dos.

MOLVIC: (Con los brazos abiertos.) ?Alabado sea el señor! ?Polvo eres y en polvo te convertirás!

RELLING: ?Basta animal...! ?Estas borracho!

Hialmar y Gina se llevan el cuerpo de Eugenia por la puerta de la cocina. Relling la cierra tras ellos. Molvic se escabulle por la escalera.

RELLING: (A Gregorio.) Nadie me va a hacer tragar lo del accidente.

GREGORIO: (Aterrado.) ?Quién puede saberlo?

RELLING: El disparo quemó la blusa. Disparó apoyando el caño contra el pecho.

GREGORIO: Al menos no murió en vano. ¿Ha visto cómo el dolor despertó en él toda su grandeza de espíritu?

RELLING: La mayoría de la gente se ennoblesce ante la sola presencia de la muerte. ?Pero cuanto calcula que le durara el

esplendor?

GREGORIO: ?No cree que lo conservara toda la vida...? ?Que ira aumentando dia a dia?

RELLING: Antes de un año la pequeña Eugenia no será para él más que un bonito tema de declamación.

GREGORIO: ¿Cómo se atreve a decir eso de Hialmar Ekdal?

RELLING: Ya hablaremos cuando se hayan secado las primeras flores sobre la tumba. Entonces lo escuchará recitar a chorros sobre «la niña arrebatada prematuramente del corazón de su desconsolado padre...» Luego verá como se empapa en un jarabe de sentimentalismo y autocompasión. Ya lo verá.

GREGORIO: Si usted tiene razón, y yo soy el equivocado, entonces sí que la vida no merece ser soportada.

RELLING: La vida podria ser bastante soportable si nos dejaran en paz esos malditos acreedores que vienen a golpear nos la puerta, en medio de nuestras miseria, exigiendo que se les pague en nombre de no se que ideales.

GREGORIO: (Con la mirada perdida.) En ese caso estoy satisfecho de la resolución que he tomado.

RELLING: ?Y seria indiscreto preguntarle cual es?

GREGORIO: (Marchandose.) Ser el numero trece a la mesa.

Sale.

Toda representación de esta versión deberá contar con la debida autorización de ARGENTORES. J.A. Pacheco de Melo 1820 (1126) Capital Federal. Rep. Argentina.

Dramaturgo y Maestro de Dramaturgia, Mauricio Kartun ha escrito desde 1973 hasta la fecha mas de quince obras teatrales entre originales y adaptaciones. Chau Misterix, La casita de los viejos, Pericones, Sacco y Vanzetti, El partener, Desde la lona, y Rapido Nocturno, aire de foxtrot, son sus producciones mas representadas, y publicadas, en la Argentina y en el extranjero.

Sus obras han ganado en el país algunos de los premios más importantes: Asociación de Cronistas del Espectáculo, Nacional, Municipal, Konex, Argentores, Prensario, Fondo Nacional de las Artes, Leónidas Barletta, María Guerrero, Pepino el 88, y Trinidad Guevara.

Creador de la Carrera de Dramaturgia de la E.A.D., Escuela de Arte Dramatico de la Ciudad de Buenos Aires, es responsable allí actualmente de su Cátedra de Taller. Es docente de la Universidad Nacional del Centro en cuya Escuela Superior de Teatro es titular de

las cátedras Creación Colectiva, y Dramaturgia; y dicta en la Escuela de Titiriteros del Teatro San Martín la materia Dramaturgia para títeres y objetos. De continuada actividad pedagógica en su país y en el exterior, ha dictado talleres y seminarios en España, México, Cuba, Colombia, Venezuela y Puerto Rico.

Alumnos formados en sus talleres se han hecho acreedores a la fecha a mas de setenta premios nacionales e internacionales en la materia.

Mauricio Kartun. Correo electrónico:
mkartun@arnet.com.ar

Todos los derechos reservados
Buenos Aires, Argentina. Abril de 2000

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral
Director: Carlos Ianni
Bolivar 825. (1066) Buenos Aires. Argentina
Teléfono/fax: (5411) 4361-8348. e-mail:
celcit@sinectis.com.ar
Internet: <http://argen-guia.com/celcit>